

Biografía

y testimonios del
Padre Alberto Hurtado

Centro de Estudios y Documentación "Padre Hurtado"
de la Pontificia Universidad Católica de Chile



Alberto Hurtado Cruchaga nació en Viña del Mar (Chile) en 1901. Se educó con los jesuitas, en el Colegio San Ignacio. En 1918 comenzó sus estudios de derecho en la Pontificia Universidad Católica de Chile recibiendo el título de abogado en 1923, justo antes de ingresar a la Compañía de Jesús. Realizó su formación teológica en Lovaina (Bélgica) donde obtuvo, además, el Doctorado en Ciencias Pedagógicas. En 1933 fue ordenado sacerdote. Desde su vuelta a Chile en 1936, se dedicó a la enseñanza y al apostolado entre los jóvenes. Fue profesor en el colegio San Ignacio, en el Seminario Pontificio de Santiago y en la Universidad Católica. Se destacó por su profundidad espiritual que tuvo como consecuencia una gran fecundidad apostólica. La preocupación por los más pobres, que lo acompañó desde su juventud, lo llevaron a buscar soluciones a la luz del Evangelio, por medio de la fundación del Hogar de Cristo y de la ASICH. Después de una dolorosa enfermedad, enfrentada heroicamente, murió el 18 de agosto de 1952. Su vida de entrega a los demás, por amor a Cristo, fue un ejemplo que conmovió al país completo. Poco después de su muerte, se inició su proceso de canonización. En octubre de 1994, fue solemnemente beatificado por el Papa Juan Pablo II. Su canonización se fijó para el 23 de octubre de 2005.

me signé par Nous, par MM. les

1935

1935

1935

1935

Porteur.

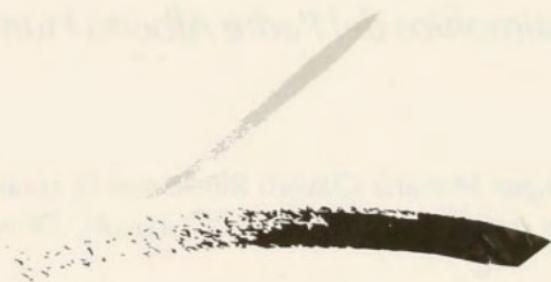
Hurtado [Signature]

de l'Université.

[Signature]

Biografía

y testimonios del
Padre Alberto Hurtado



P. Álvaro Lavín, S.J.
Sra. Marta Holley
Mons. Manuel Larraín

Centro de Estudios y Documentación 'Padre Hurtado'
de la Pontificia Universidad Católica de Chile



Biografía y testimonios del Padre Alberto Hurtado

Edición preparada por Mariana Clavero Ribes, con la colaboración de Sergio Henríquez, Francisco López, Carolina Loyola, Donato Meza y Sofía Pollak.

Centro de Estudios y Documentación «Padre Hurtado»
de la Pontificia Universidad Católica de Chile

Nihil obstat del Arzobispado de Santiago.

© Inscripción N^o 148.198.

I.S.B.N. 956-14-0837-6.

Primera edición: agosto de 2005, 20.000 ejemplares.

Diseño e ilustración: Francisca Morales A.

IMPRESOR: SALESIANOS S.A.



Alberto Hurtado S.J.

Presentación

Con este nuevo libro del *Centro de Estudios y Documentación 'Padre Hurtado'* de la Pontificia Universidad Católica de Chile, tenemos un acceso privilegiado a tres testimonios muy cercanos de la vida del Padre Alberto Hurtado. En efecto, Monseñor Manuel Larraín, la Sra. Marta Holley y el Padre Álvaro Lavín son tres grandes testigos de la vida y de los frutos de este nuevo santo de la Iglesia. El Padre Lavín fue su compañero, superior, continuador de la obra del Hogar de Cristo, y el que inició la causa de beatificación. La Señora Marta Holley de Benavente fue una colaboradora muy cercana y esposa del Doctor Ricardo Benavente que atendió al Padre; ella nos entrega en su *Diario* muy valiosos recuerdos de sus últimos días y de su incansable trabajo por el Hogar de Cristo. Monseñor Manuel Larraín fue un gran amigo desde la infancia y compartió muchos de sus grandes sueños apostólicos; sus palabras en la Misa de su funeral nos entregan un retrato especialmente autorizado del Padre Hurtado.

1. El Padre Álvaro Lavín nos presenta al Padre Hurtado como un gran hijo de su querida madre, doña Ana Cruchaga, un hijo de la Iglesia chilena e hijo de la Compañía de Jesús. En sus páginas vamos descubriendo su temprana vocación a la vida religiosa, su carácter sacerdotal y apostólico activo, con un fuerte sentido social.

Aparece así el sacerdote lleno de celo por las personas y su salvación, un gran apóstol de los jóvenes, de la educación, de la dirección espiritual y formación espiritual (especialmente a través de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio), asesor de la Acción Católica, fundador del Hogar de Cristo, de la Asociación Sindical Chilena (Asich) y de la Revista Mensaje; un hombre de profunda fe que, movido por Dios, buscó reparar Su dignidad en la vida de muchos sufrientes y con una gran amplitud (asistiendo directamente a los más pobres, buscando soluciones habitacionales para los sin casa, procurando el cambio estructural o cultural). Alberto Hurtado también es el fruto de una formación universal: realiza sus estudios en Chile, Argentina, España, Irlanda y Bélgica, y continuará su formación permanente con visitas y contactos en Francia y EE.UU.

El Padre Lavín nos va introduciendo en el misterio muy bien descrito por el Padre Symon:

«Las virtudes que fueron aflorando y solidificándose fueron deslumbradoras, sobre todo la que se refería a la caridad, pues apareció un celo incontenible, que había de moderar repetidamente para que no llegara a la exageración. No podía ver el dolor sin quererlo remediar, ni una necesidad cualquiera sin poner estudio para solucionarla. Vivía en un acto de amor a Dios que se traducía constantemente en algún acto de amor al prójimo. Su celo, casi desbordado, no era sino su amor que se ponía en marcha. Tenía un corazón como un caldero en ebullición que necesita válvula de escape, y aquí está la explicación de esa multiformidad de obras

de caridad que las presentía desde joven y que las realizó ya hecho religioso y sacerdote».

2. La Señora Marta Holley nos acerca a dos momentos de la vida del P. Hurtado: la fundación del Hogar de Cristo y los últimos días de su vida.

A través de sus palabras tenemos acceso a la profunda vida espiritual de Alberto Hurtado: «nos tiene unos santitos [estampas] para cada uno de nosotros con una leyenda: *'Sed perfectos como mi Padre Celestial es perfecto'*. Y del salmo 40: *'Bienaventurado el que atiende al necesitado y al pobre'*... Padre, le digo, a pesar de su estado no pierdo las esperanzas de verlo bien; ¡hace tanta falta! (y el P. Hurtado contesta:) *'Estamos en las manos de Dios, Marta. Esa es la gran ciencia, estar a fondo en las manos de Dios... pero somos tan tontos que no aprendemos nunca a entregarnos completamente. ¡Ahora estoy enteramente en sus manos y por eso estoy tan feliz!'*».

Por otra parte, en el mismo *Diario* se descubre la misión del Hogar de Cristo. Hablando de los estatutos de la Fraternidad del Hogar, le dice a la Sra. Marta: *«Ponga en relieve el espíritu, la entrega sin vuelta a Cristo, el amor, porque la caridad es la plenitud de la ley, y el resto vendrá solo... Que la Fraternidad sea la llama del Hogar de Cristo. Preocúpese que haya respeto al pobre: sus camas, que no falten cucharas, platos, etc. Trabajen por la dignidad del pobre, es Cristo a quien sirven. Que haya en el Hogar contacto con el pobre, vayan a Chorrillos, busquen al pobre con amor y respeto... Que no se desvirtúe esa llama de caridad del Hogar de Cristo para convertirse en una*

caridad fría... para crear un clima de caridad en todo Chile. Que todos tengan un contacto directo con el pobre y no solamente la Fraternidad».

3. Por último, Monseñor Manuel Larraín nos entrega una sentida y profunda síntesis del misterio de Dios en el P. Hurtado. Sus palabras son más certeras de modo que quisiera destacar algunos párrafos.

«El apóstol es el hombre que toma conciencia de su misión divina y se entrega a ella sin límite. Es el que da la vida, el que se juega la vida, el que sabe que la vida vale en la misma medida del amor que la alienta e inspira... Por eso, el apóstol es, sobre todo, el hombre del amor: el que no da su corazón a nadie, para ofrecerlo a todos; el que se olvida de sí mismo para ofrecerse a los demás; el que cada dolor lo hace suyo y cada gemido humano encuentra un eco en su corazón: El apóstol es el hombre que bajo el amor del Padre de los Cielos realiza, en el amor universal de sus hermanos, el hondo sentido cristiano de la fraternidad. El apóstol es un cáliz que rebosa caridad».

«No quiso que para los católicos de Chile pudiera aplicarse el reproche de Jesús de 'no saber discernir las señales de los tiempos nuevos'. Quiso, en cambio, que su acción fuera tanto más realista cuanto más alto era su ideal. Y que para ello se penetraran de la gravedad de los tiempos que vivimos, se enfrentaran al hecho de nuestra paganización creciente y sacaran de ahí, en forma viva y apremiante, la conciencia de su dolor apostólico. Y fruto de este realismo apostólico fue su trascendental libro ¿Es Chile un país católico?».

«Y él, que supo dar a su vida la inmensa llama apostólica que lo consumió, supo también encenderla en otras almas juveniles».

«El Padre Hurtado comprendió plenamente lo que la doctrina social de la Iglesia encierra y representa. Sabía bien claro que el Cristianismo o es social o no es... ¡El sentido del pobre! En ellos vio a Cristo. En sus llagas curó las del Maestro. En sus miembros ateridos cubrió la desnudez de Jesús... Pero la 'sensibilidad social' de que nos habla el Pontífice actual [Pío XII] a los chilenos es algo más que mera beneficencia. La caridad que se dispensa de la justicia no es caridad».

«El pobre angustiado en su tugurio siente que un gran amigo se le ha ido. Y cuando el tiempo pase y la ley fatal del olvido vaya dejando caer sobre los hombres y sucesos su polvo sutil, junto a ese sepulcro vivirá el recuerdo de un sacerdote que amó mucho a Dios y a sus hermanos, que amó a los pobres y a los humildes y por ellos, en suprema oblación, ofrendó su vida. 'Tomad, Señor, y recibid mi libertad, mi memoria, mi inteligencia y voluntad toda entera. Todo lo que tengo o que poseo, de Ti lo he recibido; a Ti, Señor, lo retorno. Dame tu amor y tu gracia, que eso me basta'».

En este libro tenemos una gran ayuda para preparar la Canonización del Beato Alberto Hurtado, pidiendo su fuerza e intercesión para seguir a Nuestro Señor Jesucristo mejor y más profundamente, como servidores de la misión de la Iglesia en nuestro tiempo. En el futuro San Alberto Hurtado encontramos un fiel seguidor y compañero de Jesucristo en su amor a Dios y a sus hijos e hijas, los pobres,

en sus inquietudes, en su celo por el servicio, en su capacidad de descubrir los desafíos del presente y en su capacidad de convocar, mover y sumar a muchos en sus iniciativas evangelizadoras.

Agradezco y alabo esta gran iniciativa del Centro de Estudios y Documentación 'Padre Hurtado', de la Pontificia Universidad Católica de Chile, en especial a Mariana Clavero y a quienes han colaborado en esta edición.

Guillermo Baranda, S.J.
Provincial

Santiago, Junio 2005.



El Padre Álvaro Lavín con su amigo Alberto Hurtado recién ordenado sacerdote en Lovaina.

El Padre Hurtado, Apóstol de Jesucristo *Biografía escrita por Álvaro Lavín S.J.*

El P. Álvaro Lavín (1902-1990) fue amigo de Alberto Hurtado desde su juventud, y luego, su Superior dentro de la Compañía de Jesús. Representó uno de los apoyos más importantes que tuvo Alberto Hurtado en su ministerio sacerdotal. No sólo lo apoyó y consoló, sino que también lo estimuló en su trabajo social.

A la muerte del Padre Hurtado, el mismo año 1952, fue quien comenzó su Causa de Canonización. Al mismo tiempo, fue quien se hizo cargo de la obra más querida del Padre Hurtado, siendo Capellán del Hogar de Cristo por muchos años.

El Padre Lavín escribió la breve biografía del Padre Hurtado que ahora se presenta, con el cariño del amigo, y con la fidelidad del testigo ocular de este 'Apóstol de Jesucristo'.

En unos pocos pasajes, se han integrado algunos datos, fruto de la investigación de los últimos años. Ellos van señalados con paréntesis cuadrados [].



Alberto junto a su hermano menor, Miguel.

Nacimiento e infancia

En el tiempo que nació el P. Hurtado, la clase llamada "aristocracia" tenía importancia y valor en la vida social y ejercía en ella un gran influjo.

Alberto Hurtado nació el primogénito de un hogar de esta clase, formado por don Alberto Hurtado Larraín y doña Ana Cruchaga de Hurtado, muy jóvenes aún, en el que el padre trabajaba con esfuerzos una pequeña hacienda rural, en la que vivía la familia, pues no tenían fortuna personal, ni él ni ella. La hacienda estaba además gravada con fuertes deudas.

Para tener alguna prevención y conveniente relativa mayor comodidad, poco antes del nacimiento de Alberto fue llevada su madre a casa de un pariente cercano de su padre (don Ramón Echazarreta) en Viña del Mar, ciudad en que nació Alberto el 22 de enero de 1901.

Un huérfano pobre

En junio de 1905, murió su padre, quedando huérfano a los cuatro años, con su hermano Miguel, de dos años y su joven madre. El pequeño fundo hubo de

ser vendido, para pagar las muchas deudas, quedando un saldo tan reducido que no les permitía vivir una vida independiente, ni aun en la forma más modesta.

Además de la falta de apoyo e influjo paternal en su formación, comenzó para Alberto una vivencia de la pobreza, que había de influir tanto en su vida personal, religiosa y apostólica: él, que por sus apellidos y por el influjo de muchos familiares, parecía destinado a una vida fácil, cómoda y libre, hubo de vivir desde los 4 años sin casa ni hogar propios, de "allegado" a parientes de buena voluntad, y por estas mismas circunstancias, a cambiar más de una vez de casa y familia bienhechora.

Un estudiante "corriente" pero piadoso

Al llegar a la edad de ingresar a un colegio, conforme a los deseos de su cristiana madre, fue matriculado en el San Ignacio en el año 1909, en el que estudiaban muchos de sus familiares. En atención a su difícil situación económica y a las características de su cristiana familia, fue favorecido con una beca otorgada gustosamente por los superiores del colegio. [Ese mismo año hizo su primera comunión, y al año siguiente fue confirmado. Las dificultades económicas no impidieron que, junto a la señora Ana, su madre, trabajara por los más pobres, en el Patronato San Antonio, fundado por el sacerdote franciscano Luis Orellana].

En cuanto a su conducta, aplicación y rendimiento, fue siempre un alumno bueno, pero no sobresaliente, no teniendo malas notas ni castigos, aprobando bien todos

sus cursos (3 años de preparatoria y 6 de humanidades), pero sin ocupar nunca los primeros puestos ni ganar especiales distinciones. En lo que siempre se distinguió fue en su piedad, pureza y alegre compañerismo.

Formando parte, desde muy joven, de la Congregación Mariana del Colegio, además de su frecuente comunión, comenzó muy pronto a ejercitar el apostolado en el barrio en aquel tiempo muy pobre y necesitado de ayuda material y espiritual, de la parroquia de Andacollo, trabajo al que dedicaba las tardes de los domingos. Como trabajo constante e imperceptiblemente profundo, estuvo siempre activo el influjo de su ejemplo y virtud, atractivos por su sencillez y alegría. Terminó sus estudios secundarios a fines de 1917, obteniendo su título de bachiller.

Temprana vocación sacerdotal...

temporalmente frustrada

Aun antes de finalizar estos estudios en el colegio San Ignacio, y luego de cumplir los 15 años, deseó y pidió ingresar al noviciado de los Jesuitas, pero fue disuadido – en cuanto a la fecha – por sus consejeros espirituales, especialmente por el Padre Fernando Vives S.J., a quien siempre se dirigió, primero personalmente y después por carta. Todos le aconsejaron esperar el bachillerato, y aun después mayor tiempo, no por falta de madurez y decisión, sino por la especial situación económica de su familia.



En 1920, realizando su Servicio Militar.

Un universitario cristiano 'del año 20'

El servicio militar

Comenzó, pues, en 1918 sus estudios de Leyes en la Universidad Católica; pero, aprovechando que las clases le ocupaban sólo las mañanas, buscó y consiguió para las tardes un empleo rentado, que le ayudaría para sus gastos personales, y en cuanto fuere posible, de su madre y hermano.

Fuera de su misma actuación callada en el ambiente de sus compañeros, el trabajo no le impidió continuar su apostolado en Andacollo, ni otros que le pedía su querida Congregación Mariana. Entre éstos, recuerdo el que realizó para atender a los jóvenes, especialmente católicos de provincias, que venían a estudiar a la capital, y que, con frecuencia, encontraban en las mismas pensiones peligros morales de variadas especies. [Sabía unir su propia carrera a su inquietud por servir a los demás, organizando, junto con algunos estudiantes de Derecho, un consultorio jurídico para obreros, y dedicando sus tesis de grado a buscar soluciones jurídicas a algunos graves problemas sociales].

Eran los tiempos de la generación del 20, en que surgía el fuerte movimiento que propiciaba cambios sociales, considerados entonces por algunos como avanzados. Ellos habían de tener su más patente manifestación en las famosas elecciones del 20, que llevaron a la presidencia a don Arturo Alessandri Palma.

Este movimiento bullía —como acontece siempre— en las universidades; como jefes avanzados del

movimiento en ellas aparecían Santiago Labarca y Juan Gandulfo.

Este mismo año 20, se inscribió –como tantos otros– para un servicio militar extraordinario, que, entonces, pareció un auténtico llamado de la Patria, y se entregó a él con su peculiar entusiasmo y alegría.

Le tocó hacerlo en el regimiento Yungay, venido temporalmente a Santiago al cuartel del famoso Buin (que había partido por el mismo motivo al norte, a la frontera).

En esa vida tan diferente, en ese ambiente tan heterogéneo y libre (aspirantes a oficiales, fuera de la tropa y oficialidad del regimiento), llamaba necesaria y saludablemente la atención esa vida tan limpia en su conversación y costumbres.

Un episodio casual vino a revelar el celo de las almas, que tenía tan dentro de su corazón:

Justamente salíamos juntos del cuartel cuando oímos un disparo de fusil, y llegó a nuestro conocimiento que uno de los aspirantes había sido herido de gravedad. Alberto, sin esperar mayores datos o confirmaciones, me arrastró, o poco menos, del brazo, para correr a la iglesia de la Recoleta Dominica, que estaba a cierta distancia, a buscar un sacerdote que fuese a atender espiritualmente al herido. Lo consiguió y un buen Padre vino al momento con nosotros al cuartel, en donde supimos que la herida no había sido tan grave y que el joven se iba reponiendo satisfactoriamente: nunca olvidaré la santa y nerviosa inquietud que mostró en aquella ocasión, por el bien espiritual de un alma.

[A principios de Noviembre concluyó el servicio militar, y en Diciembre recibió su despacho de teniente segundo].

Más tarde desplegó su caritativo celo en el trato con los “albergados”, o sea, con las multitudes de obreros cesantes, a quienes la crisis de las salitreras obligaban a venirse con sus familias a la capital. Si bien el ambiente en esos grandes “albergues” no era fácil de penetrar, y era algo arriesgado, lo consiguió Alberto acompañado de otros amigos (entre ellos Manuel Larraín y Osvaldo Salinas, después obispos). [Éste último, declaró: «*Su vida de unión con Jesucristo le arrastraba hacia los que sufren*». Su inquietud social lo llevaría también a participar en el *Círculo de Estudios León XIII*, donde leían las encíclicas sociales con el P. Jorge Fernández Pradel, S.J.; y a ser profesor voluntario del Instituto Nocturno San Ignacio, organismo que se dedicaba a la formación de los obreros].

Durante su período universitario tuvo como director espiritual al P. Damián Symon, ss.cc., que lo afianzó y mantuvo en una vida de intenso espíritu de oración y aun de mortificación, y le dio amplia libertad para el desahogo y ejercicio de su fervoroso espíritu católico.

Vocación que sigue madurando

Testimonio del P. Symon, ss.cc.

Copio los primeros párrafos del breve, pero precioso, informe que acerca de sus impresiones sobre el Padre Hurtado, escribió el Padre Symon poco después de su



*No podía ver el dolor sin
quererlo remediar... Vivía en un
acto de amor a Dios que se
traducía constantemente en
algún acto de amor al prójimo
(P. Damián Symon, ss.cc.).*

muerte. Como apreciado y querido confidente y director, es el mejor informado sobre la vida espiritual de su dirigido en esos años de universitario, y su testigo más seguro y auténtico. Allí aparece vivamente narrado el impresionante episodio de su oración pidiendo una solución para su problema vocacional:

«Le conocí cuando ya era universitario. Después de algunas entrevistas me pidió que le sirviera de director espiritual, y desde ese mismo instante empezó una amistad de confianza tan asidua que pasó a ser el casi compañero de todas mis labores espirituales. Tenía decidida su vocación sacerdotal y su ingreso a la Compañía de Jesús. Este punto era discutido por muchos de sus amigos eclesiásticos, pero jamás osciló sensiblemente ante el primer llamado del Señor, y sólo pude comprobar que día a día se iba solidificando más su vocación religiosa y sacerdotal como futuro jesuita. Buen cuidado tuve en no desviar jamás semejante vocación por muchos deseos que tuviera de conservarlo a mi lado.

Las virtudes que fueron aflorando y solidificándose fueron deslumbradoras, sobre todo la que se refería a la caridad, pues apareció un celo incontenible, que había de moderar repetidamente para que no llegara a la exageración. No podía ver el dolor sin quererlo remediar, ni una necesidad cualquiera sin poner estudio para solucionarla. Vivía en un acto de amor a Dios que se traducía constantemente en algún acto de amor al prójimo. Su celo, casi desbordado, no era sino su amor que se ponía en marcha. Tenía un corazón como un caldero en ebullición que necesita válvula de escape, y

aquí está la explicación de esa multiformidad de obras de caridad que las presentaría desde joven y que las realizó ya hecho religioso y sacerdote.

Si todos recibíamos mucho de ese gran corazón, había un santuario íntimo en que se descubría hasta lo indecible las riquezas de aquel joven privilegiado: era su hogar de familia, donde su madre, doña Ana Cruchaga de Hurtado, y su hermano Miguel compartían con Alberto las angustias y alegrías en forma maravillosa. Allí se expansionaba en grande el futuro apóstol, y, después del amor a Jesús, el amor a María y los grandes amores cristianos, el de su madre tenía culto privilegiado. Justamente éste era un punto de interrogación en el horizonte, sobre su vocación: pues su madre necesitaba de él y de su profesión de abogado, para sostener la lucha por la vida».

[Las cartas a su amigo Manuel Larraín, futuro obispo de Talca, son testigo de una profunda búsqueda de la voluntad de Dios. Ambos jóvenes enfrentaron la misma aventura con gran seriedad, preguntándose: *¿qué quiere Dios de mí?*

Alberto tenía claro que Dios asigna un puesto a cada hombre, y que, en aquel puesto, Dios le da las gracias abundantes; por ello escribiría al Señor: *«Yo te hago la entrega de todo lo que soy y poseo; yo deseo dártelo todo, servirte donde no haya restricción alguna en mi don total».*

Pero saber dónde servir al Señor no fue tarea fácil. Alberto también se sintió llamado al matrimonio y a realizar un apostolado como laico, entre sus hermanos

de trabajo. En 1923 escribiría a su amigo Manuel: *«Reza, pero con toda el alma, para que podamos arreglar nuestras cosas y los dos cumplamos este año la voluntad de Dios»*. Para Alberto, cumplir la voluntad de Dios era entrar al noviciado jesuita, y para Manuel, entrar al Seminario de Santiago.

Pero Alberto no podía entrar a los jesuitas porque debía sostener económicamente a su familia. El Padre Damián Symon relataría cómo vino la solución]:

«Se iba a recibir de abogado, y no se podía ir al Noviciado de la Compañía en Chillán, por la situación financiera de su madre.

Le vi hacer el primer milagro: durante todo el mes del Sagrado Corazón de Jesús del año 1923 fijó sus visitas para con su amigo y padre espiritual, a las 10 de la noche, en vez de venir a las horas diurnas, y a esa hora le vi tenderse en el suelo cuán largo era, frente al altar del Santísimo Sacramento, y pasar una hora entera en esa postura, implorando en la oración más fervorosa, que le solucionara el Señor sus problemas económicos para poderse consagrar totalmente a Dios. Yo rezaba el Breviario, y observaba mientras tanto.

Pues bien, el día del Sagrado Corazón de Jesús del año 1923, a eso de las tres de la tarde, recibió un llamado telefónico citándolo con urgencia, y de aquella entrevista salió la solución de un pleito antiguo de familia que dejó a su madre en situación económica más desahogada, y el santo joven pudo ingresar a la Compañía de Jesús, algunas semanas después».



En su "despedida de laico", en la Universidad Católica, el día antes de partir al noviciado de la Compañía de Jesús. Aparece en el medio, junto a Augusto Salinas y Manuel Larraín.

P. A. H. 1912

Noviciado y “juniorado”

Terminados efectivamente con brillo sus estudios de Leyes se recibió de abogado en Agosto de 1923, y, aun antes de recibir personalmente su diploma, partió al noviciado de Chillán el 14: quería asegurar ese día para poder hacer sus votos religiosos (dos años después) el día 15, fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen.

[Justo antes de entrar al Noviciado de la Compañía de Jesús, la Universidad Católica despediría a su ex-alumno.

Los sentimientos de la Universidad están testificados por la *Revista Universitaria*, que nos ha transmitido un documento de inestimable valor, por ser contemporáneo a los hechos; así comienza el artículo:

«Después de haber cursado con el más hermoso éxito los cinco años de la Facultad de Leyes, y de haber obtenido brillantemente su título de abogado con nota óptima de la Corte Suprema y distinción unánime de la Universidad Católica, Alberto Hurtado, nuestro amigo, el amigo de todos los jóvenes católicos, el amigo de pobres y ricos, partió al noviciado de la Compañía de Jesús.

Su inmenso amor a Dios fue premiado por la Divina Providencia que le concedió el mérito de abandonarlo todo cuando todo podía tenerlo. La Universidad Católica sintió la necesidad de despedir con todo su cariño al ejemplar ex-alumno y celebró en las vísperas de su partida una Misa que ofició el señor Rector [Carlos Casanueva] y a la cual concurrió un numeroso grupo de sus amigos» (Revista Universitaria, 1923)].

*"Hablar siempre bien de mis hermanos,
disculpar sus defectos, poner de relieve
sus cualidades".*

En este tiempo, él solía repetir:

"A todo un sonoro All right, very well".



En Chillán, la Casa del Noviciado era un enorme y viejo edificio (antigua Escuela Normal de las Religiosas del Sagrado Corazón) que fue destruido por el terremoto de 1939. La vida religiosa era entonces muy regular y, en el Noviciado, muy severa y sacrificada en muchos detalles, de modo que el contraste era fuerte; pero esto era lo que ansiaba Alberto y a pesar de ser, como abogado ya y de más de 22 años, el de mayor representación, con su carácter generoso y alegre se entregó ciega y totalmente a lo que le indicaba su maestro de novicios ser su obligación, conducente a su formación de futuro sacerdote y apóstol.

[La alegría de Alberto por haber entrado al Noviciado queda bien expresada en una carta a su inseparable amigo Manuel Larraín: *«Querido Manuel: Por fin me tienes de jesuita, feliz y contento como no se puede ser más en esta tierra; reboso de alegría y no me canso de dar gracias a Nuestro Señor porque me ha traído a este verdadero paraíso, donde uno puede dedicarse a Él las 24 horas del día. Tú puedes comprender mi estado de ánimo en estos días; con decirte que casi he llorado de gozo»*, 24 de agosto de 1923].

Le tocó tener como maestro de novicios al Padre Jaime Ripoll, que había sido su último Prefecto de División en el Colegio San Ignacio. Conocía, pues, bien a su nuevo novicio, y apreciaba sus grandes valores.

Severo en las exigencias del riguroso horario y reglamento del Noviciado, era afable y cariñoso en el trato personal y estaba consagrado por entero a su importante

y trascendental cargo de formación: cuanto mayores valores naturales descubría, mayor empeño ponía en aprovecharlos y encauzarlos a la realización del ideal del jesuita: ser apto instrumento de la Mayor Gloria de Dios.

En todas las pruebas de su formación: Mes de Ejercicios, Mes de Hospital, de Peregrinación, Catequesis... fue modelo, como lo atestiguan sus compañeros.

Estuvo en Chillán año y medio, pasando a comienzos del año 25 a Córdoba (Argentina), para terminar allí su período de noviciado y consagrarse al Señor con sus votos religiosos el 15 de agosto. Al mismo tiempo comenzó su largo período de estudios: en Córdoba correspondían las Letras Humanas, cuya médula era la formación clásica, basada en la cultura grecolatina.

Tanto en el período de noviciado, como en éste, llamado "juniorado", toda su vida se distinguió por su alegría contagiosa y estimulante, por su piedad y observancia religiosa, y por su entrega a los estudios, pleno del anhelo de formarse apto instrumento de la Mayor Gloria de Dios.

De esta etapa (Febrero de 1925 a Agosto de 1927) me limitaré, por ahora, a copiar un testimonio enviado por su segundo maestro de novicios y después su director espiritual en el Juniorado, P. Luís Parola (que más tarde fue su Provincial en la entonces llamada Provincia Argentino-Chilena); que aun vive santamente como misionero en el Paraguay. Dice así:

Juicio del P. Luis Parola, S.J., sobre el R.P. Alberto Hurtado, S.J.

«He sido su director espiritual por varios años, cuando el dicho Padre cursó estudios en Córdoba, Argentina. Lo he conocido muy de Dios, piadoso y fervoroso en su piedad; humilde y nada pretencioso; caritativo, sufrido, servicial, amable y social; cumplidor de sus obligaciones, votos y reglas; lleno de celo por la salvación de las almas; constante, sin altibajos; apreciado de sus compañeros. Cuando de él me han hablado, siempre ha sido con elogio.

Doy fe en Paraguarí (Paraguay), 3 de nov. de 1972.

Firmado: Luis Parola, S.J.»

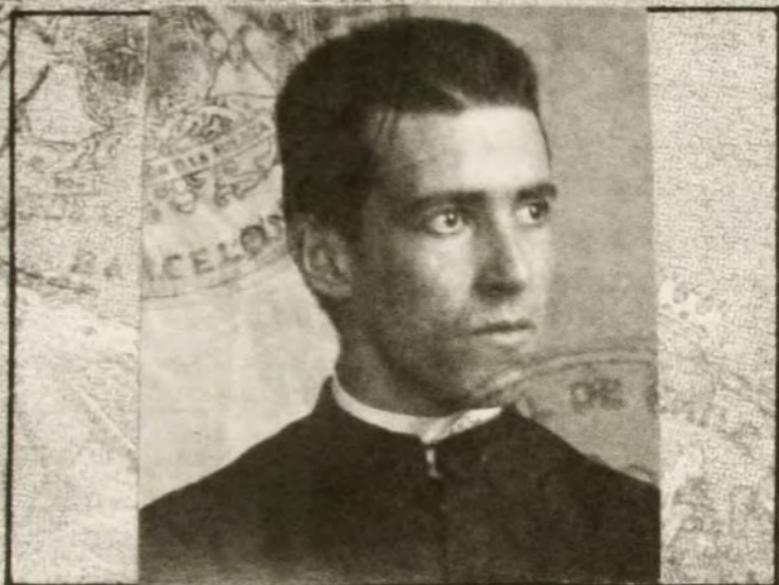
Estudios de filosofía en España

A mediados de 1927 fue enviado a Europa para continuar sus estudios en España. En aquellos tiempos no se pensaba en viajes a su país para despedirse de sus familiares. Partió, pues, en largo viaje a Barcelona (en barco), viaje que él describe alegremente en carta a sus compañeros de Córdoba.

En Barcelona debía estudiar Filosofía, en el Colegio San Ignacio (Sarriá), prestigiado plantel de estudios superiores de la Compañía.

Tuvo gran gusto y consuelo al encontrarse en Barcelona con su antiguo y querido director espiritual, el P. Fernando Vives, activamente ocupado en trabajos apostólico-sociales. Era el único jesuita chileno; pero su carácter, simpatía y, sobre todo, sus virtudes, le hicieron muy pronto popular y querido.

FOTOGRAFIA



Alberto Hurtado

FIRMA

FILIACION

Profesión

Religioso

Estado civil

Casado

Estatura

1.76 m.

Edad

30 años

Cabello

castaño

Cara

oval

Ojos

castaños

Boca

regular

Nariz

Barba

no usa
barbilla

Era notable –entre otras cosas- la gran abnegación y caridad con que atendía a los muchos extranjeros que venían a estudiar a ese Colegio, para quienes el aprendizaje de la lengua era tarea dura, para ellos y para los que con paciencia y caridad los ayudaban.

Todas estas impresiones me tocó oír las personalmente de muchos de sus compañeros y superiores, al pasar yo en ese Colegio y Comunidad una semana en Septiembre de 1928, de paso a Alemania, en donde comenzaría mis estudios de Teología.

Al llegar yo, estaba él con la mayor parte de la Comunidad en Ejercicios, y a pesar de saber que yo llegaría más o menos en ese tiempo, tan recogido estaba que, sólo a los tres días, al término de los ejercicios, se dio cuenta que estaba allí su antiguo amigo. Era la primera vez que veía a Alberto de jesuita (nos habíamos ido pisando los talones), y me fue grato tratar con amigo tan querido; me fue asimismo de gran consuelo oír las unánimes alabanzas de su persona y de sus virtudes religiosas.

Aunque las severas costumbres de aquel tiempo (especialmente en España) no nos permitieron salidas o visitas fuera de la ciudad, pasamos en ella y con el P. Vives, días agradables y reconfortantes para el espíritu.

El P. Symon, en su informe, añade sobre estos años: *«Lo volví a encontrar en Barcelona el año 1931, y después de varias horas de gratísima compañía, pude contemplar la transfiguración de Alberto Hurtado en un verdadero santo, como religioso y futuro sacerdote. No había*

ninguna cosa externa que llamara la atención; pero el calibre de su voluntad totalmente traspasada por la voluntad de Dios, era de tal magnitud que me dieron deseos de besarle sus manos y casi de pedirle una bendición».

Al separarnos nuevamente, ya la distancia no era tan grande y mantuvimos algún contacto epistolar.

Lovaina: Teología y Pedagogía.

Maduración intelectual y espiritual

Por él supe, que al salir de España los jesuitas extranjeros (como medida preventiva), con motivo de la Revolución del 31, Alberto, que había terminado allí sus tres años de Filosofía y Ciencias y su primer año de Teología, adelantó sus exámenes y partió por varios meses a Irlanda, adonde lo invitaban insistentemente sus muchos amigos, a quienes había ayudado con el idioma en su estadía en Barcelona: ellos le pagaron la deuda en la misma moneda, ayudándolo en su "inglés".

Estos meses en Irlanda fueron sólo un compás de espera, y, a la vez, de descanso, pues ya desde antes estaba destinado por sus superiores a terminar en Lovaina los estudios de Teología. Llegó allá a fines de Septiembre de 1931. Aunque en naciones distintas (Bélgica y Holanda), éramos muy vecinos, y nuestro trato pudo ser más frecuente y personal.

Sin duda que todos los acontecimientos de la vida están dirigidos y ordenados por la Providencia, y esto, de

modo especial, en personas que han de cumplir y realizar una gran misión.

En mi opinión, su estadía y estudios en Lovaina fueron, de un modo especial, providenciales, e imprimieron en él un sello fuerte y perdurable, no sólo en su formación teológica, sino humana, religiosa y sacerdotal.

Y, ante todo, se encontró allí con un rector extraordinario, el Padre Juan Bautista Janssens, luego General de la Compañía, quien le conoció y trató muy íntimamente, y le profesó desde entonces una gran estima, y una amistad sincera y paternal.

Le tocó vivir en el viejo caserón, inferior a cualquiera de nuestras casas en cuanto a la parte material. Pero sobre todo lo material, estaba lo intelectual y religioso.

Ya el mismo ambiente de la ciudad era para levantar el nivel intelectual y científico, especialmente por su prestigiada Universidad Católica, que conservaba aún vivo el recuerdo e influjo del Cardenal Mercier.

La casa de Estudios Superiores de los jesuitas belgas estaba también muy prestigiada. Su profesorado, selecto y bien formado, era abundante, para dirigir y atender en sus estudios al gran número de teólogos jesuitas, entre los que había de más de 15 naciones diferentes.

Los programas de estudio, especialmente los de Sagrada Escritura, llamaban la atención por su renovación y espíritu casi de avanzada, pero dentro de una fiel ortodoxia y de respeto a toda indicación de Roma.



"Pude contemplar la transfiguración de Alberto Hurtado en un verdadero santo, como religioso y futuro sacerdote".
(P. Damián Symon, ss.cc.).

Su dinamismo lo impulsó a pedir autorización – como lo hacían muchos otros– para seguir cursos universitarios, con miras a obtener un título laico. Eligió la Pedagogía, para la cual sentía gran inclinación y que, por otra parte, preveía le sería de gran utilidad en sus futuros ministerios en Chile. [De hecho, obtendría en 1935 el Doctorado en Pedagogía en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Católica de Lovaina].

Esto suponía y exigía un gran recargo de trabajo, pero terminó los cursos en tres años, obteniendo su licenciatura con “gran distinción”.

Este obligado contacto con jóvenes universitarios, entre los que había centenares de latinoamericanos, proporcionó a su celo apostólico un campo que, ciertamente, no descuidó, iniciándose así en el amplio trabajo que realizó después en Chile con universitarios: jornadas y retiros espirituales, junto con otros sacerdotes latinoamericanos, fuera del trato y ayuda espiritual de esos jóvenes, expuestos a tantos peligros para su fe y costumbres, lejos de sus familias.

Entre estos compañeros de apostolado, trató e intimó con el Padre Jaime Castiello, S.J., mexicano (otro hombre y apóstol extraordinario), fallecido muy joven en un accidente en EE.UU., en donde era profesor universitario, dejando obras de pedagogía y formación humanística relevantes. Aquí, en Lovaina, y especialmente en sus estudios teológicos, fue cuando –en mi modesta opinión– comenzó a dar muestras muy claras de una gran capacidad intelectual.

Como ya dije, en sus estudios secundarios fue un alumno bueno, pero corriente; en la Universidad sus estudios fueron, sin duda, muy buenos y coronados por el éxito y las buenas notas, pero las preocupaciones económicas y familiares fueron inevitablemente un escollo para alcanzar una mayor profundidad y brillo.

En cambio, en Lovaina fue muy buen alumno y llamó la atención. Lo digo, porque para mí, que lo conocí y traté tanto, fue una sorpresa desde entonces –y mayor cada día– el verlo de una agilidad mental muy grande y capaz de captar bien las constantes novedades ideológicas y culturales; sorpresa que he considerado siempre sólo explicable por una ayuda especial de Nuestro Señor.

Además, su convivencia en esa numerosa y, en cuanto a nacionalidades, heterogénea comunidad, fue reveladora de su personalidad, de sus virtudes y de sus excepcionales cualidades: trato humano y espiritual.

Aun el núcleo más numeroso y básico de compañeros belgas, que –dentro de una elemental unión y caridad– estaba dividido en dos grupos tradicionales (flamencos y valones) sentía, como todos los demás, una extraordinaria estima y afecto por Alberto Hurtado. Y esto no lo afirmo *a priori* ni por meros comentarios de algunos amigos.

Estuve en Lovaina en varias ocasiones, especialmente una larga temporada después de terminados mis estudios y tuve la ocasión de palpar yo mismo este ambiente; aun más, me aproveché (sin

pretenderlo) de él, pues, a pesar de ser un extranjero desconocido, y cuyo trato no podía además ser muy agradable, por no dominar el idioma, tenía ofertas de compañía e invitaciones de sobra para paseos y excursiones, de parte de flamencos y valones, y esto, de seguro, solamente por ser el compatriota y amigo del P. Alberto.

Además, fuera de los juicios muy laudatorios de varios profesores con quienes hablé, la prueba más contundente me la proporcionó el Padre Rector, Juan B. Janssens, quien no sólo me habló en forma extraordinariamente laudatoria y cariñosa del Padre, sino que me dijo que su plan y deseo había sido nombrarle ese año escolar (1932-1933) "Bedel", es decir, un subdirector o subministro y, a la vez, representante de los teólogos, precisamente por ser tan unánimemente estimado y querido, y por el bien que hacía entre sus compañeros, y que solamente había desistido ante el exceso de trabajo que ya tenía, poniendo en peligro su salud.

En un grupo tan numeroso y heterogéneo de gente selecta, nombrar a un extranjero, de lengua diferente, era, sin duda, extraordinario, y, por lo tanto, muy revelador de la estima de sus valores personales y religiosos.

[Sus propios escritos de esa época reflejan este sincero esfuerzo por avanzar en el camino de la santidad: tomó muy en serio su formación, la oración y los estudios; y se empeñó en pequeñas virtudes, como no hablar mal de los demás, ser amable, o destacar las virtudes ajenas.



"Permítame testificarle de cuán grande edificación nos ha sido a todos el Padre Hurtado, por su piedad, regularidad, entusiasmo y constancia en los estudios, caridad, discreción, buen trato con todos. Es querido de todos".
(P. Janssens, s.j.).

Entre sus apuntes personales, escribe: *«No criticar a mis hermanos, velar sus defectos, hablar de sus cualidades... Hablar siempre bien de los Superiores y de sus disposiciones. Hablar siempre bien de mis hermanos, disculpar sus defectos, poner de relieve sus cualidades».*

Uno de sus compañeros de formación afirmó años más tarde: *«A uno le agradaba estar con él, pues uno se sentía cómodo. Oía a sus compañeros con mucha atención. Vivía siempre en un ambiente de fe. Era muy mortificado, se daba de lleno al estudio, su caridad era grande; siempre servicial, con una sonrisa acogedora».* Otro recordaba: *«Poseía un gran don de simpatía que hacía tan agradable el trato con él, que era sencillo y modesto».* Un hermoso testimonio retrata su carácter en esa época: *«Su pronta sonrisa y su mirada indagadora, en un modo indefinible, parecían urgirlo a uno a cosas más altas... Su sonrisa daba la impresión de que estaba mirando al interior de mi alma y estaba ansioso por verme hacer mayores y mejores cosas por el Señor».*

Otra prueba manifiesta de esta gran estimación de su rector y profesores es la carta, en que el rector, a nombre de los del Colegio de Lovaina, comunica al Provincial de Chile (P. José Llusá) su juicio e impresión acerca del permiso para la ordenación sacerdotal del Padre.

Le escribía el 22 de febrero de 1933 (traduzco fielmente la carta escrita en latín):

«Si no me engaño, después de la próxima Consulta de esta Provincia (de Bélgica) le serán transmitidos por nuestro Padre Provincial, los informes referentes a las

Órdenes del Padre Hurtado. Pero permítame, desde ahora, testificarle a S.R de cuán grande edificación nos ha sido a todos el Padre Hurtado, por su piedad, regularidad, entusiasmo y constancia en los estudios, caridad, discreción, buen trato con todos; ciertamente ha ido delante de los compañeros por su ejemplo. Es querido de todos. Juzgo que el Señor ha destinado a su Provincia un hombre verdaderamente eximio; por lo menos así nos parece a nosotros. Verdaderamente le agradezco que lo haya destinado a Lovaina: en esta comunidad ha ejercido un verdadero apostolado.

Me encomiendo en sus oraciones,

Juan B. Janssens, S.J.».

Respondiendo a este punto de la carta, le dice el entonces Provincial de Chile: *«Después de dar gracias máximas a Dios, las doy enseguida a Usted y a los demás Padres, que nos han obligado con tantos lazos de caridad y gratitud, por la formación de este joven, gran esperanza de nuestra pequeñísima Viceprovincia»* (abril de 1933).

Sacerdote de Cristo

En Lovaina, durante su tercer año de teología, recibió las órdenes del subdiaconado y diaconado, y, al término de él, el 24 de Agosto de 1933, fue ordenado sacerdote por el Cardenal van Roey, Primado de Bélgica, oficiando el 25 de Agosto su Primera Misa. Tuve el grato honor y gran consuelo de ser su presbítero asistente. Días hermosos y llenos de santo fervor: su alma era esencialmente sacerdotal y vibraba de modo

impresionante. Lo acompañaron don Joaquín Larraín Simkins, secretario de la Embajada de Chile en Bélgica, y señora Lucila Ramírez de Larraín; la señora Rebeca Sanfuentes de Edwards (que fue su madrina de Altar), y familia; y otro grupo de amigos chilenos y latinoamericanos.

[Habiendo sido ordenado sacerdote, le escribía a un amigo: «*¡Ya me tienes sacerdote del Señor! Bien comprenderás mi felicidad inmensa. Con toda sinceridad puedo decirte que soy plenamente feliz. Ahora ya no deseo más que ejercer mi ministerio con la mayor plenitud posible de vida interior y de actividad exterior*».

El 24 de mayo de 1934, aprobó el examen de grado de Teología. El presidente de la comisión fue el mismo P. Janssens, quien comentó: «*En mis largos años de Superior no he visto pasar junto a mí un alma de mayor irradiación apostólica que la del Padre Hurtado*»].

Terminados sus estudios, tanto teológicos como de pedagogía, y habiendo obtenido las licenciaturas respectivas a mediados de 1934, comenzó la última prueba oficial o reglamentaria de la larga formación religiosa de un jesuita, la que llamamos “Tercera Probación”; ella equivale a un segundo noviciado, y es como el último toque de la larga formación del religioso jesuita, del sacerdote-apóstol. Le correspondió hacerla en la misma Bélgica, en la cercana aldea de Tronchiennes, en una antigua abadía medieval.

Terminada su Tercera Probación, pasada la mitad del año 35, y obteniendo el Doctorado en Psicología y



“Ahora ya no deseo más que ejercer mi ministerio sacerdotal con la mayor plenitud posible de vida interior y de actividad exterior” (Carta a un amigo).

Pedagogía en la Universidad de Lovaina, solo le quedaron unos meses, que empleó con avaricia en completar conocimientos, visitar Centros de Acción Apostólica y Social en Bélgica, Holanda, Francia y Alemania; preparó, además, una Exposición Bibliográfica de Pedagogía, que ofrecería en Chile, a su llegada. Premunido de un nombramiento oficial *ad honorem* del Gobierno (su tío Miguel Cruchaga era ministro de Relaciones Exteriores), tuvo entrada en muchas instituciones oficiales y particulares, reuniendo una selecta y valiosa biblioteca.

[Durante estos años, además, prestó un gran servicio en favor de la fundación de la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Chile. El agotador trabajo buscando libros, revistas y, lo que es más importante, profesores para poder hacer realidad la fundación de la Facultad, fue muestra del gran aprecio que Alberto Hurtado profesaba por el estudio serio y el deseo de preparar hombres capaces de realizar un apostolado entre los intelectuales.

En Diciembre de 1934, Mons. Casanueva, rector de la U.C., le expresaba su agradecimiento en estos términos: *«La inmensa gratitud que te debo por tu empeño tan abnegado, tan inteligente, tan atinado y tan cariñoso, que jamás podré pagarte y sólo Dios podrá recompensarte debidamente; después de Dios y de la persona que ha hecho esta fundación, a nadie le deberá esta Facultad de Teología tanto como a ti».*

El 22 de enero de 1936, justo al cumplir 35 años, se embarcó en Hamburgo a las 10 a.m., de regreso a Chile].

Vuelta a Chile.

Comienzo de sus labores apostólicas

Llegó a Chile en Febrero de 1936. Ya desde antes, por muchos lados era pedida su acción, en la que descansaban muchas esperanzas:

a) Dentro de la Compañía de Jesús se le pidió tomase en el Colegio San Ignacio, junto con las clases de Religión en los cursos superiores, la dirección espiritual de los alumnos mayores.

b) Fuera de ella, se le pidió un curso de charlas de Pedagogía para adultos en el Aula Magna de la Universidad Católica. Durante todo el año, estas charlas semanales fueron seguidas con gran interés por los numerosos asistentes, principalmente padres de familia y educadores.

Pero estos marcos iniciales de su labor apostólica fueron rápidamente sobrepasados y multiplicados en tal forma que es casi difícil seguirlo en su actividad de un modo ordenado y cronológico.

Unía a su juventud (35 años) su temperamento dinámico y vehemente, y, sobre todo, su ardiente celo por las almas, que, en cierto modo, durante más de doce años había tenido que controlar, por haber estado dedicado primordial y esencialmente a su sólida formación y a su preparación integral para su misión apostólica sacerdotal.

No es extraño, pues, que a los pocos meses estuviera ya como torrente desbordado:

a) Sus clases de Religión no se limitaron a las horas reglamentarias sino que pronto fueron secundadas por círculos de estudio del Evangelio, que diferentes grupos de los diversos cursos seguían con mucho interés;

b) Por estos Círculos y por la Congregación Mariana de alumnos, que él tomó, creció la piedad. Además, fomentó las actividades apostólicas de los alumnos: catecismos en las poblaciones Velásquez y Buzeta.

c) Sobre todo por los cursos de Ejercicios Espirituales voluntarios, que muy pronto comenzó a predicar, despertó un fervor que se reflejó inmediatamente en la inspiración de numerosas vocaciones sacerdotales y religiosas.

d) El campo de apostolado no se limitó a sus alumnos del colegio San Ignacio: simultáneamente se fueron formando grupos de jóvenes universitarios, de colegios o de liceos, que tenían también sus círculos de estudio sobre el Evangelio, de los cuales, los más entregados, iban ingresando a la Congregación Mariana de Jóvenes (que tuvo un período de gran vitalidad, por sus misas colectivas, su frecuencia de sacramentos y sus actividades apostólicas).

Un círculo de estudios formado por jóvenes selectos de esta congregación tuvo una vida floreciente de intensa espiritualidad, como recordarán sus activos participantes de entonces.

AYER

En la ciudad se inauguró al poeta por, que Rotary

la insti- Enrique Alcaide Final- abra, en les am- gallanes Augusto n forma pura del os vivió de San

EJERCICIOS ESPIRITUALES, PREDICARA EL P. HURTADO

El R. P. Alberto Hurtado, S. J., predicará ejercicios para jóvenes, en la casa de ejercicios de Marruecos, desde el Miércoles 17, a las 8 P. M. hasta el Domingo 21 del presente.

Se avisa a aquellos que no puedan incorporarse a ellos en la fecha inicial, que podrán hacerlo posteriormente.

Las inscripciones están abiertas en la portería del Colegio de San Ignacio y en Ejército 3.

Javier C
dición c



RETIRO PREDICARA EL PADRE ALBERTO HURTADO C. S.

El Directorio de la Congregación Mariana Inmaculada y de San Luis tiene el agrado de invitar a Ud. a los Retiros Espirituales que predicará el Padre Alberto Hurtado Cruchaga, S. I., en Marruecos a partir del

Miércoles 21 de Marzo hasta el Dgo.

La entrada el Miércoles es a las 8 P. M. Las inscripciones para el Retiro pueden hacerse en la Portería del Colegio de San Ignacio o en la Secretaría de la Congregación:

Alonso Ovalle 1475, Tel. 88976 y 627

Le agradecería se inscribiera prontamente si desea asistir para la organización de los Ejercicios.

Los retiros espirituales, la casa de ejercicios y noviciado

Su actividad en la predicación de los ejercicios, aunque ejercitada durante toda su vida de ministerio apostólico, conviene hacerla notar desde el principio, pues él la consideró siempre como fundamental y sólidamente provechosa. A pesar de las múltiples ocupaciones y obligaciones, siempre buscaba el tiempo y la forma de atender las continuas peticiones que recibía: jóvenes de colegios secundarios y universitarios, empleados, señoras, el clero secular y religioso, no sólo de la capital, sino también de las principales ciudades de provincia.

Esta convicción suya lo llevó muy pronto a pensar en la construcción y funcionamiento de una amplia y acogedora Casa de Ejercicios, que con dinámico fervor llevó muy pronto a la realidad. La quiso junto a la parroquia y a la casa de formación (novicios y juniore) de los jesuitas, en el entonces llamado pueblo de Marruecos, la que también en gran parte se debe a sus desvelos.

Ambas casas convirtieron ese sitio en centro de vida espiritual, de semilla y fermento apostólico, razón por la cual lleva ahora mercedamente el nombre de *Padre Hurtado*.

Entre las innumerables tandas o cursos de ejercicios se hicieron pronto famosos, por el número y fervor de los oyentes, las predicadas en Semana Santa. Las 70 piezas individuales de la Casa de Ejercicios, más las 40 ó 50 que

los jóvenes jesuitas (novicios y estudiantes) cedían a ese objeto, no bastaban, y con frecuencia se hubo de habilitar salones con colchones para satisfacer los pedidos de hasta 200 jóvenes, ansiosos de oír la palabra de un sacerdote que dejaba traslucir patente el genuino apóstol de Jesucristo. Esto es lo único que puede explicar el número y presión de las solicitudes, y el que este entusiasmo se repitiese año tras año.

Vocaciones religiosas y sacerdotales

En sus cursos de ejercicios, o nacían o se decidían muchas vocaciones, que, como dijo Monseñor Manuel Larraín en su oración fúnebre, no eran fruto de una «pesca» del Padre, sino el efecto de la irresistible atracción de un hombre de Dios, que vivía lo que predicaba su palabra, brillante y atractiva, no tanto por su elocuencia literaria, sino por la sinceridad y el fervor.

[Su amor al sacerdocio y a la eucaristía queda retratado en un hermoso testimonio: en el año 1937, en San José de la Mariquina, un misionero capuchino lo observó celebrar la Misa, y le llamó tan poderosamente la atención *«que decía no haber visto nunca una celebración tan edificante, y que al ser así los sacerdotes chilenos, deberían ser todos santos»*].

Se podría redactar listas de las vocaciones, que han realizado y realizan una multiplicada acción sacerdotal. Él mismo, en algunas cartas confidenciales a su Superior, pone listas, distinguiendo las vocaciones provenientes de

colegios de jesuitas o de otros lugares, como, asimismo, los ingresados a la Compañía o al clero Secular.

El problema vocacional lo obsesionó desde el principio, por la impresionante falta de sacerdotes; hizo estudios, estadísticas, y la primera obra (opúsculo) que escribió fue precisamente sobre este tema: *La crisis sacerdotal en Chile* (Editorial Spelndor, Santiago, 1936, 27 páginas.).

Años más tarde, y en forma más general, publicó otro opúsculo sobre *La elección de carrera* (Editorial Difusión, Buenos Aires, 1943, 111 páginas).

¿Es Chile un país católico?

Su celo, su espíritu observador y su patriotismo le inspiraron, desde los comienzos de su apostolado, un temor y le causaron una profunda pena: captaba muy clara, viva y dolorosamente la generalizada ignorancia religiosa en todas las clases sociales, y especialmente en el pueblo, por el que tanto ansiaba trabajar. Veía y reconocía religiosidad en el pueblo, pero una religiosidad superficial y muy mezclada o contagiada de supersticiones.

Este temor, que entrañaba un grave peligro, le impulsó a estudiar el punto, a pedir datos y encuestas a los párrocos de todo Chile, a consultarlo con las personas entendidas, y a publicar después un libro, que llegó a ser famoso por el impacto que produjo y por las discusiones que provocó, incluso por el mismo atrevido título que le puso: *¿Es Chile un país católico?*



Dedicó su libro ¿Es Chile un país católico? a "la juventud católica de Chile, sobre cuyos hombros reside el porvenir de la Iglesia y la Patria, pidiendo al Padre de todo bien que suscite entre sus hermanos, los jóvenes chilenos, apóstoles de Cristo, que hagan mejor y más bella la vida en este Chile que nos vio nacer".

Como dice en el prólogo Monseñor Augusto Salinas, entonces obispo auxiliar de Santiago y Asesor nacional de la Acción Católica: *«Con multitud de informaciones estadísticas y observaciones personales, el Padre Hurtado dirige primeramente una mirada al estado del mundo en el orden religioso, y analiza después el de nuestra patria, desde diversos aspectos que convergen en último término a uno mismo. Era necesario hablar de las miserias de nuestro pueblo con la dura realidad de los hechos, a la vez que con elevado criterio y con caridad evangélica. Era necesario presentar el cuadro real de la vida cristiana en Chile, para que se mida el abismo de ignorancia y de incredulidad a que hemos llegado».*

Poco antes, en el mismo prólogo introductorio había dicho: *«Escrito sin otro apasionamiento que el amor a Jesucristo y a las almas, iluminado con la luz del Evangelio y de las enseñanzas pontificias y con la claridad del reconocido talento de su autor, este libro debe servir como examen de conciencia para esos numerosísimos católicos, que permanecen en la indolencia más incomprensible, mientras la Iglesia chilena sufre males tan profundos que la amenazan de muerte...».*

Esto es lo que ciertamente y ante todo pretendía el Padre Hurtado, y sin duda el libro fue una valiente voz de alerta y de estímulo que marcó un hito en los trabajos pastorales de evangelización.

[Con gran agudeza, optimismo y valentía abrió los ojos de muchos católicos acerca de la verdadera situación del catolicismo en Chile, señalando, entre otros, el grave problema de la escasez de vocaciones sacerdotales].

El Padre Hurtado dedica el libro *«a la juventud Católica de Chile, sobre cuyos hombros reside el porvenir de la Iglesia y de la Patria, pidiendo al Padre de todo bien que suscite entre sus hermanos, los jóvenes chilenos, apóstoles de Cristo, que hagan mejor y más bella la vida en este Chile que nos vio nacer»*.

Asesor nacional de los Jóvenes Católicos

Al escribir estas palabras, que manifestaban su anhelo y esperanza de despertar en los jóvenes esos ideales de trabajar como apóstoles de Cristo, haciendo el verdadero bien a todos sus hermanos chilenos, ya estaba el Padre Hurtado al frente de este grupo selecto de católicos como su Asesor Nacional. Fue como natural y de su peso que le cayera este cargo de tanta responsabilidad.

Por sus clases, Círculos de estudio del Evangelio, Congregación Mariana; por sus ejercicios y, sobre todo, por la dirección espiritual de muchos, por el trato y atracción de su persona, viril, generosa, alegre y profundamente religiosa y sacerdotal, era admirado, querido y buscado por innumerables personas que notaban y vivían en sí mismos que ese contacto los ennoblecía y elevaba.

Se añadió la circunstancia de ser entonces asesor general de la Acción Católica, Monseñor Augusto Salinas, Obispo Auxiliar de Santiago, y compañero y amigo del Padre en sus estudios universitarios y en el Servicio Militar: conocía, pues, sus cualidades y su espíritu.

[La Acción Católica había sido impulsada en 1923 por el Papa Pío XI, que la definía como la «*participación y colaboración de los laicos en el apostolado jerárquico de la Iglesia*», y significó un decidido impulso a la valorización de la participación activa de los laicos en la Iglesia].

Nombrado, primero, a inicios de 1941, Asesor Arquidiocesano de la Juventud Católica de Santiago y poco después, Asesor Nacional, su actividad desbordó: se encontraba de lo mejor con los jóvenes, y no puso límites en la propia entrega. Los centros de Acción Católica se fueron multiplicando en todo Chile, que él recorrió de Arica a Magallanes, animando con su presencia y su palabra a todos. [Recorría el país, además, predicando retiros, tanto a los jóvenes como a los sacerdotes relacionados con la Acción Católica]. Sabía descubrir, animar y promover todos los valores humanos de los jóvenes, que son muchos y especialmente su generosidad; a ella le mostraba metas e ideales altos y arduos; quería formar jefes y héroes, y todo esto lo podía proponer con fuerza y persuasión, porque le salía desde dentro. Esperaba mucho de los jóvenes, pues los quería grandes patriotas y generosos apóstoles.

[Era el tiempo de las grandes procesiones de antorchas a los pies de la imagen de María Santísima, en el Cerro San Cristóbal, con miles de participantes. En este contexto apelaba a la generosidad de los jóvenes: «*Si Cristo descendiese esta noche caldeada de emoción les repetiría, mirando la ciudad oscura: 'Me compadezco de ella', y volviéndose a ustedes les diría con ternura infinita:*



Desfile de antorchas de la Acción Católica.

'Ustedes son la luz del mundo... Ustedes son los que deben alumbrar estas tinieblas. ¿Quieren colaborar conmigo? ¿Quieren ser mis apóstoles?'].

No se quedaba en las palabras, pues recomendaba y exigía vida de fe práctica, con sacrificio y apostolado.

Aún más, dentro de estos grupos, pronto eligió y formó un grupo selecto, para perfeccionar en sus miembros este espíritu y avivarlo en los demás. Este fue el famoso «Servicio de Cristo Rey». Estaba *«formado por jóvenes que aspiran, con la gracia de Dios, a vivir plenamente su fe, y aceptar todos los sacrificios que traiga consigo el apostolado de la Acción Católica para la extensión del Reino de Cristo»*.

La vida de esta rama de la Acción Católica se hacía notar también al exterior por otras manifestaciones:

a) La nueva Casa Central de la Juventud Católica, de Alameda con Ejército, bullía en sus reuniones formales y ordinarias, como en las libres y de amistad.

b) Allí se estudiaban y redactaban las revistas del movimiento, y sus variados volantes e invitaciones.

c) El éxito del Congreso Nacional de Valparaíso, en Octubre de 1942, que reunió a cerca de cinco mil jóvenes, llegados con gran sacrificio y entusiasmo.

d) Algo semejante sucedió al llenar el teatro Caupolicán el año siguiente, en el día del Joven Católico: algo sorprendente e inaudito y casi inimaginable para un movimiento de valiente profesión de fe en Jesucristo y en su causa.

e) Los desfiles nocturnos con antorchas, en la Fiesta de Cristo Rey, presididos por su Asesor Nacional, en que los jóvenes, conforme a los deseos y recomendaciones del Padre, con una marcha varonil, alegre, casi desafiante, querían dar testimonio público de su fe. Era impresionante verlo, con sus 40 años ya pasados, con el ardor y entusiasmo de un joven, animando con su ejemplo y fervor. No es el caso de entrar en detalles mayores. Fueron, sin duda, años de vivencia y esperanza cristiana.

Y esa semilla, sembrada y fecundada, en tantos centenares y millares de jóvenes, ha dejado no sólo recuerdos agradables, sino raíces profundas para su vivir y actuar en los años posteriores.

Una renuncia dramática

Sin embargo, en el desempeño de este apostolado, tan amado por el Padre, permitió el Señor una prueba que, para él, resultó muy dolorosa: su renuncia al cargo de asesor. Acusaciones y críticas ya antiguas y repetidas, sobre expresiones, actitudes y actuaciones del Padre Hurtado recrudecieron en esos años, causándole una gran preocupación.

Dando cuenta a un Visitador de la Compañía de Jesús (Padre Tomás Travi), de sus actividades apostólicas, mencionaba también estas dificultades con que tropezaba y las acusaciones que se le hacían.

Dentro de la claridad y firmeza de conceptos, las exponía con total sinceridad, y con sencilla humildad

trataba de defenderse de ellas. Terminaba su defensa ante el Visitador con estas palabras tan propias de su humilde sencillez: *«a todos estos antecedentes hay que agregar, ciertamente, poca prudencia del que esto escribe, carácter vehemente, apasionado por temperamento, y ciertamente errores que Usted habrá visto con mayor claridad, y de los que espero un juicio suyo para tratar de corregirlos con eficacia, y, si necesario fuese, penitencia».*

Tanto en esta detallada exposición, como en otras posteriores y contemporáneas a su apostolado como Asesor Nacional de la Juventud Católica, reducía estas acusaciones principalmente a tres puntos: 1) Falta de espíritu jerárquico; 2) Ingerencia en política; 3) Ideas avanzadas en materia social.

Como, a pesar de sus explicaciones, estas quejas y rumores llegasen hasta las más altas esferas eclesiásticas, incluso al asesor general de la Acción Católica, que le había llamado y nombrado para su cargo, ya el 12 de Abril de 1942, el Padre Hurtado había presentado su renuncia, que le fue rechazada.

Sin embargo, como las críticas continuasen, y sin culpa moral de nadie, se juntaron a ellas algunos malos entendidos con el asesor general de la Acción Católica, su inmediato superior en ese campo, que entorpecían la total unidad de criterio y voluntades que se requerían entre ambos para la buena y segura marcha de la obra, juzgó el Padre Hurtado más conducente al bien general, reiterar humildemente su renuncia, el 10 de Noviembre de 1944.



Su renuncia a la Acción Católica fue uno de los momentos más dolorosos de su vida.

En 1944, explicó larga y confidencialmente por escrito, tanto al asesor general como al Arzobispo, Monseñor Caro, los motivos de su renuncia, que había meditado delante de Dios y consultado con personas de su confianza (incluso Manuel Larraín).

En su breve carta oficial de renuncia, le decía al Arzobispo: *«Ruego a Usted que tenga la bondad de presentar a la Excelentísima Comisión Episcopal mi renuncia al cargo de Asesor Nacional de la Asociación de Jóvenes Católicos. Al pedirle este favor, quisiera también rogarle tuviera la bondad de presentar a los Señores Arzobispos y Obispos mi profunda gratitud por la confianza que me han dispensado durante estos tres años y medio al confiarme la Asesoría de la Juventud Católica, labor de profunda responsabilidad y trascendencia.*

Su Siervo en Cristo».

Y en su carta a Monseñor Salinas le añadía esta petición: *«Te agradecería con toda el alma que si ésta fuese aceptada, como supongo lo será, 'lo sea luego', para no perjudicar a la Rama con esa marcha lánguida que no puede menos de dar quien sabe que está en la situación en que yo me siento. No creo que ahora, más que en otra ocasión, pueda recibir interpretación política, y además el momento político, gracias a Dios, no está especialmente perturbado.*

Te saluda tu amigo y hermano, Alberto».

La renuncia le fue aceptada finalmente en el mes de Diciembre de 1944.

Respecto a las causas de esta renuncia y a sus consecuencias, dice hermosa y profundamente Alejandro Magnet en su biografía del Padre: *«Este proceso, visto más íntimamente, adquiere un dramatismo misterioso. No nacía de la oposición de dos enemigos, no había en él odio ni rencor alguno. Todo lo contrario: el Padre Hurtado, no sólo en declaraciones públicas, sino escribiéndole a un amigo íntimo, le aseguraba que Monseñor Salinas era un carácter recto y estaba animado de las mejores intenciones; y, por otra parte, el Obispo apreciaba sinceramente las virtudes de su viejo amigo. Sólo cada uno juzgaba que el otro estaba equivocado y que ese error podía tener graves consecuencias para la Iglesia, a cuyo servicio ambos estaban dedicados por entero. Esta común rectitud de intenciones, y la sumisión de ambos a Dios, es, precisamente, lo que da al conflicto su carácter misterioso e inhibe de todo juicio pronunciado desde el tiempo, desde este lado del tapiz que se está tejiendo, para ser mirado a la luz de la eternidad».*

Sin duda la prueba fue grande y dolorosa para la parte humana y personal del Padre Alberto Hurtado. En ese trabajo apostólico se encontraba y sentía plenamente “realizado”; pero sobre su gran dolor humano y natural la reacción sobrenatural fue generosa y superior, aceptando la prueba como venida de la amorosa Providencia del Señor, y no sólo observó el mayor cuidado de no expresar una palabra de queja o crítica, sino que con sincero y constante esfuerzo, el cual podría llamarse heroico, luchó para conseguir lo mismo de todos sus amigos, y de sus queridos jóvenes, que, con el natural

ardor de su edad, querían oponerse y protestar. Especialmente a los dirigentes del Movimiento hubo de pedirles, en la forma más persuasiva y firme, que no renunciasen a sus cargos, sino que se esforzasen por seguir trabajando y cooperando con el mismo entusiasmo con su sucesor.

Llegó al extremo de no admitir ninguna manifestación en su honor, ni siquiera una misa, para no dar la más mínima ocasión a comentarios de ninguna especie en este punto. Todo esto se lo oí personalmente, expresado con gran emoción, pues su carácter era muy sensible y afectivo.

Por otra parte, tuvo la humana y alentadora satisfacción de recibir innumerables demostraciones de reconocimiento, simpatía y gratitud, de muchos amigos y colaboradores, especialmente de sus fieles grupos de jóvenes y de varios Obispos de todo el país. De éstas anotaré tan sólo la del presidente de la Junta Nacional de Jóvenes, Víctor Risopatrón Matte:

«He pedido la palabra en esta última sesión que la Junta Nacional de la Acción Católica Chilena celebra en 1944, para rendir un homenaje, en nombre de los jóvenes católicos, al querido asesor que durante cuatro años guió a nuestra Asociación en su marcha ascendente.

Quiero que quede para siempre constancia de la gratitud y del inmenso cariño que sentimos por él en estos momentos en que con el corazón lleno de dolor lo hemos visto partir de Ejército 3, ese gran hogar que él hizo amable y lleno de vida y entusiasmo.



“Quiero que quede para siempre constancia de la gratitud y del inmenso cariño que sentimos por él en estos momentos en que con el corazón lleno de dolor lo hemos visto partir de Ejército 3, ese gran hogar que él hizo amable y lleno de vida y entusiasmo”

*(V́ctor Risopatrón,
Pdte. Jóvenes de la A.C.).*

Lo que el Padre Hurtado significa para nosotros, no podría expresarse en palabras. Pero de todas maneras quiero recordar brevemente algunos aspectos de su labor.

Recibió una Juventud Católica generosa pero pequeña, sin organización, ni visión de su responsabilidad histórica, y entrega ahora un movimiento fuerte y disciplinado, lleno de espiritualidad y de vida.

En estos cuatro años le ha dado una organización moderna y eficiente que a mí no me corresponde alabar.

Ha formado dirigentes y militantes, por medio de retiros, círculos de estudios, concentraciones, conferencias, dirección espiritual, artículos, etc., acrecentando en todos nosotros la formación, tanto religiosa como humana.

Ha efectuado giras de Arica a Punta Arenas levantando nuevos centros y alentando a los ya existentes, llevando a todas partes su palabra sabia y su ejemplo que entusiasma. Con sus dotes de simpatía y popularidad ha conseguido financiar casi todas nuestras empresas, que cada vez van siendo mayores y más costosas.

Ha hecho brotar una hermosa y floreciente vida espiritual, y las almas de todos los jóvenes católicos se han elevado hacia el Señor en la unión íntima de una gracia permanente.

Siempre supo guiar y despertar con prudencia e inteligencia muchas vocaciones, que han respondido generosamente a los llamados del Señor. Ha creado en nosotros una mística, que nos hace sentirnos fuertes y optimistas, como poseedores de la verdad, que no puede

encontrarse más que en la Iglesia de Cristo, y como el más importante de los movimientos juveniles de nuestra patria. Nos ha inculcado en esta era de egoísmo y superficialidad, el sentido de nuestra responsabilidad y de un heroísmo que espera las horas de prueba para manifestarse.

Y así, formados y templados nuestros espíritus, nos ha lanzado al apostolado, para conquistar para Cristo el liceo, el cuartel, la gran ciudad, la aldea campesina, la fábrica, la oficina y todos los rincones de Chile.

Pero, por sobre todo, el Padre Hurtado ha sido el hombre de la unidad; él ha formado nuestra magnífica unidad interna; ha unido en lo esencial a miles de jóvenes que piensan de muy diferentes maneras en los asuntos contingentes, haciendo imperar siempre la caridad, la comprensión y la alegría.

Sobre sus cualidades personales no me voy a referir, pues las seguiremos aprovechando, no ya como asesor, pero sí como padre espiritual, como maestro y como amigo. A ese gran asesor y santo sacerdote he querido rendir, con estas torpes palabras, el más sentido homenaje de admiración, cariño y gratitud, en nombre de todos los jóvenes católicos de Chile».

Víctor Risopatrón M.

Concuerta con estas sentidas apreciaciones, emitidas en nombre de los jóvenes católicos, otro juicio venido de muy lejos, desde Roma, y escrito poco antes de la renuncia del Padre Hurtado. El señor Rudi Salat, entonces Secretario Administrativo Internacional de Pax

Romana, permaneció un año íntegro en Chile (del 14 de Mayo de 1943 al 18 de Mayo de 1944), con la misión de estudiar y estimular el movimiento y organización de la Acción Católica Chilena.

En el exhaustivo informe confidencial entregado (57 páginas de oficio), expresó notables elogios acerca de la Rama de los Jóvenes.

Me limito a copiar sólo unas líneas referentes a la actuación del asesor de ese tiempo, P. Alberto Hurtado.

Habiendo dicho que la Rama de los Jóvenes ha tenido muchas bendiciones especiales de Dios, al enumerar algunas termina:

«Finalmente, no tengo el derecho de callar un factor, que, en mi humilde opinión, ha sido decisivo: el hecho que Dios ha enviado a la Juventud Católica Masculina de Chile a un asesor nacional simplemente ideal para su misión trascendental de jefe espiritual, de asesor- alma, y de sacerdote modelo para los jóvenes, también en lo puramente humano».

Además tuvo el gran consuelo de ver entre los frutos de su profunda acción espiritual entre los jóvenes, el ingreso de varios de ellos (entre los cuales el presidente y tesorero de la junta nacional de Jóvenes Católicos) a su querida Compañía de Jesús.

Tres años antes (mayo de 1942) escribió su opúsculo sobre *Cine y moral* y su libro *Puntos de educación*, en el que fue ayudado por varios jóvenes, que ya eran Jesuitas, gracias a su influjo y dirección.



*“Recuerdo uno de esos días lluviosos de primavera, un pobre hombre con una amigdalitis aguda, tiritando en mangas de camisa, que no tenía dónde guarecerse... Cristo, en la persona de muchos pobres, no tiene casa”.
(P. Hurtado, El Mercurio, 1944)*

El Hogar de Cristo

Dentro de la Providencia de Dios que, a juicio de muchos, se mostró muy visible en este caso, un fruto indirecto de esta dura prueba fue la obra, que, sin duda, más nombre y estima le atrajo: el Hogar de Cristo.

Casi simultáneamente con su renuncia y retiro de la Asesoría Nacional de la Juventud Católica, en el mismo año 1944, el 19 de octubre, tuvo lo que todos consideran una clara inspiración del Espíritu Santo: emprender una obra y cruzada evangélica de caridad. [Tal como él mismo lo relató, una noche fría y lluviosa, le vino al encuentro *«un pobre hombre con una amigdalitis aguda, tiritando, en mangas de camisa, que no tenía dónde guarecerse»*].

Su corazón naturalmente sensible, sufría y se llenaba de santa indignación al ver la miseria de tantos compatriotas y hermanos, que, privados de un techo y de un abrigo, habían de pasar las noches incluso frías de invierno, a la intemperie, y su alma de apóstol y amante de Jesucristo veía en ellos, con vivo espíritu de fe, a ese mismo Jesucristo que predicó con su palabra y ejemplo el precepto del amor... Ese noble y cristiano grito del apóstol, enamorado de Jesucristo, lanzado ante un grupo de señoras a quienes predicaba un retiro, despertó o avivó en ellas este mismo sentimiento: *este fue el día de la Concepción del Hogar de Cristo*. [Habló, sin haberlo previsto, sobre la miseria que hay en Santiago y la necesidad de la caridad:

«Cristo vaga por nuestras calles en la persona de tantos pobres dolientes, enfermos, desalojados de su

mísero conventillo. Cristo, acurrucado bajo los puentes, en la persona de tantos niños que no tienen a quién llamar padre, que carecen hace muchos años del beso de madre sobre su frente... ¡Cristo no tiene hogar! ¿No queremos dárselo nosotros, los que tenemos la dicha de tener hogar confortable, comida abundante, medios para educar y asegurar el porvenir de los hijos? 'Lo que hagan al más pequeño de mis hermanos, me lo hacen a Mí', ha dicho Jesús» Mt 25,40].

Ese día se entregaron las primeras donaciones y las primeras promesas. Artículos del Padre en los diarios y revistas, escritos con el fuego natural y sobrenatural de su corazón, las fueron multiplicando e hicieron posible en brevísimo tiempo convertir en realidad sus anhelos.

Inmediatamente abrió los hogares provisorios: para jóvenes, en una casa arrendada en calle López, y para mujeres y niños en la calle Tocornal. Los grandes, amplios y aptos locales para las hospederías fueron rápidamente construidos en calle Chorrillos; él disfrutaba santamente al visitar en las noches sus dormitorios repletos de gente necesitada y agradecida por el hospedaje.

De las hospederías pasó pronto a los hogares de niños, pues vio que con ellos la obra de las hospederías era muy imperfecta e ineficaz: durante el día perdían lo que podía ganarse en las noches. Él quería regenerarlos y habilitarlos para una vida digna, cristiana y útil; quería restituir a la sociedad a esos hermanos, privados, sin culpa de ellos, del calor de un hogar y una familia, y rechazados injustamente por esa misma sociedad.

Vinieron los talleres, para regenerarlos por la instrucción y la disciplina del trabajo; procuró, sobre todo, proporcionarles en estos hogares el interés y afecto humano, cuya falta constituía lo más duro de su existencia.

[Un jesuita de Suiza, recuerda: «*En mi viaje a Chile, el Padre Hurtado estaba en el Aeropuerto esperándome con su camioneta. Me hizo visitar detalladamente su obra del Hogar de Cristo. Al dirigirnos a él, nos detuvimos a la orilla del río Mapocho, y me explicó toda la estrategia que debía emplear para acercarse, sin asustarlos, a los niños abandonados y vagos. Resplandecía de alegría, hablándome de uno de ellos que había aprendido un oficio, se había instalado, y había fundado un hogar*»].

El P. Hurtado nunca decía 'basta'. Su alma y corazón grandes seguían ampliando el campo de su evangélica caridad. Como sería muy largo seguir todos sus pasos (por otra parte es muy conocida la historia del Hogar de Cristo), terminaré la breve mención de esta obra, que él dijo ser «*el conjunto de chilenos de corazón generoso*», con la expresión de los anhelos que sobre ella reveló al final del último *Saludo de Navidad*, dictado por él mismo, en su lecho de enfermo, poco antes de morir: «*A medida que aparezcan las necesidades de los pobres, que el Hogar de Cristo busque cómo ayudarlos como se ayudaría al Maestro*». Él quiso que su obra fuera de caridad evangélica, es decir, universal, sin la menor distinción de personas o ideologías, buscando, en todas sus secciones, la manera de servir y amar a todos los que 'necesitasen' de este servicio y de este amor.



“El Padre Hurtado nunca decía ‘basta’. Su alma y corazón grandes seguían ampliando el campo de su evangélica caridad”

Para fortalecer y asegurar en lo posible, este espíritu, eligió dentro del amplio grupo de sus colaboradores, un reducido grupo de señoras con una misión especial: vida de oración y de abnegada entrega a la obra y al servicio de los pobres, a lo que se obligarían con promesas personales, similares –dentro de lo posible a su condición y circunstancias– a los votos religiosos, y que unió en lo que él llamó *Fraternidad Hogar de Cristo*, cuyos estatutos aprobó y firmó personalmente. Su acción fue muy eficaz, y aún perduran sus efectos y su acción.

Algo semejante deseó y comenzó a formar entre los caballeros cooperadores más allegados a la obra, pero que no llegó a tener vida activa como institución.

Esta generosa colaboración de tantos hombres y mujeres en la fundación y marcha progresiva del Hogar, animada y estimulada por el ejemplo y dirección del Padre, constituyó otro de los aspectos importantes del influjo y acción santificadora del espíritu evangélico del Padre Hurtado.

Su obra lo sobrevive, y conforme al deseo del Padre, va adaptando y encauzando sus esfuerzos a las necesidades que van apareciendo como mayores y más urgentes. Su mismo ideal permanece: la atención de los más necesitados.

Quiera el Señor conservar en esta obra el espíritu que le infundió su fundador. Ella es la que más hace recordar su nombre y su acción. Ella es también la que constituye –a juicio de muchos– un milagro patente debido a su intercesión.

Viajes de estudio y renovación

Para conocer y estudiar obras similares, y profundizar y ampliar sus líneas de apostolado, aceptó:

1º) Una invitación a los Estados Unidos, en 1945.

Durante su viaje y estadía no dejó de mantenerse informado y consultado sobre el Hogar, y a la vez de conservar el fuego sagrado del celo y entusiasmo de sus colaboradores de Chile en sus obras, y especialmente en su recién nacido Hogar. Visitó y admiró entre otras instituciones la famosa Ciudad del Niño, del P. O'Flanagan, y en general se esforzó por penetrarse del espíritu de técnica y organización, tan característicos de esa nación.

Dejó apuntes de sus impresiones y experiencias, y conservamos asimismo apuntes de sus vivencias espirituales en las notas personales de los ejercicios espirituales que hizo allá (se publicó hace poco en la revista Mensaje N° 211, agosto de 1972), una interesante meditación íntima, al contemplar el estado real del mundo en que vivía: *¿Cómo vivir la vida?*, que es como un puro y noble reflejo y retrato de su alma, entusiasmada y entregada al Señor, íntegra y fervorosamente.

[La tercera semana de febrero, regresó en barco, en el «Illapel», desde Nueva York a Valparaíso. El viaje duró 30 días, los que aprovechó para reflexionar y escribir, después de haberse puesto *«en contacto con muchas obras interesantes»*. Durante la travesía reflexiona acerca del Rumbo de la vida (retiro a jóvenes 1946): *«Cada vez que subía al puente de mando y veía el trabajo del timonel,*

no podía menos de hacer una meditación fundamental, la más fundamental de todas, la que marca 'el Rumbo de la vida'».

De vuelta a sus nutridas labores habituales, predicó un célebre retiro en la Semana Santa de 1946, y comenzó a hacer clases en el Hogar Catequístico y en el colegio *The Grange*. Así continuó su labor formativa entre los jóvenes.

En una charla de preparación a la fiesta del Sagrado Corazón, recordó a los estudiantes universitarios su responsabilidad social, responsabilidad que es una consecuencia de las palabras de Cristo: *«El deber social del universitario no es sino la traducción concreta a su vida de estudiante, hoy, y de futuro profesional, mañana, de las enseñanzas de Cristo»*, e invitó a cada uno a *«estudiar su carrera en función de los problemas sociales propios de su ambiente profesional»*. Se atrevió a pedir a los jóvenes una gran generosidad, con la certeza de que *«El que ha mirado profundamente una vez siquiera los ojos de Jesús, no lo olvidará jamás»*].

2^o) Poco más tarde, en 1947, pidió él mismo, modestamente, poder asistir a un Congreso de Jesuitas dedicados al apostolado moderno, que tendría lugar en Versalles, al que eran invitadas las personas más competentes en la materia en toda la Compañía de Jesús.

En su breve petición decía: *“¿Será mucha audacia pedirle que piense si sería posible que asistiera este servidor al Congreso de París? Le confieso que lo deseo ardientemente, porque me parece que me sería de mucho*



*“El P. Hurtado tenía el
temperamento de un
mártir; tengo la íntima
convicción de que él se
ofreció como víctima
por la salvación de su
pueblo, especialmente
por el mundo obrero de*

América...

(P. Arts, s.j.)

provecho para ver las nuevas orientaciones sociales y de Acción Católica y congregaciones... Si es audacia, rompa estas líneas sin mayores miramientos..."

Obtenido el permiso de su Provincial, [partió a Francia el 24 de Julio de 1947. Participó en la 34ª *Semana Social* en París, donde sostuvo conversaciones con el Cardenal E. Suhard, Arzobispo de París; pasó una semana en *L'Action Populaire* (centro de acción social organizado por los jesuitas franceses, actualmente CERAS), y luego participó en la *Semana Internacional* de los jesuitas en Versalles, donde el Padre Hurtado habló en dos oportunidades acerca de la situación de Chile. Su exposición fue descrita como «un grito de angustia, pero al mismo tiempo, una irresistible lección de celo apostólico puro y ardientemente sobrenatural».

El Padre Arts, jesuita belga, transmitió un elocuente testimonio: «El P. Hurtado tenía el temperamento de un mártir; tengo la íntima convicción de que él se ofreció como víctima por la salvación de su pueblo, y especialmente por el mundo obrero de América. Conocí al Padre Hurtado en teología, en Lovaina. Sobre todo impresionaba y edificaba su caridad, tan ardiente y atenta, resplandeciente de alegría y entusiasmo. Ya entonces se 'consumía' de ardor y de celo. Siempre listo a alegrar a los demás. ¡Cuánto amaba a su país y a su pueblo! Ese amor le hacía sufrir profundamente.

Volví a ver al querido Padre en el Congreso de Versalles en 1947. Era la misma llama: el fuego interior lo abrasaba de amor a Cristo y a su pueblo. Mi querido amigo

era un alma de una calidad 'muy rara', y para decirlo todo: un santo; un mártir del amor de Cristo y de las almas»].

Fue en el Congreso una figura que llamó la atención, por lo sincero, amplio y apostólico. El organizador, el P. Bosc, escribió agradecido, al Provincial de Chile, pues la actuación del Padre Hurtado había sido «*bien marquée*». Corrió el comentario (según oí, pero no directamente), que algunos padres franceses habían indicado al Padre como un posible futuro General de la Compañía.

El quedó muy complacido de su experiencia, y entusiasmado para prolongar su proyectada breve estadía, para visitar obras y actividades en otros países y consultar a las personas que lo podían ayudar.

Pedido y obtenido el permiso, permaneció en Europa hasta principios de enero del 48, visitando España, Italia, Bélgica, Holanda y Alemania.

Por lo que rindió y proyectó para el futuro, este viaje constituyó para él una etapa importante en su vida. De sus múltiples y variadas actuaciones sólo recordaré:

- a) En Francia, su visita prolongada (dos semanas) al Centro *Economía y Humanismo*, del P. Lebret, O.P. (Después de la muerte, el P. Lebret remitió un informe altamente elogioso sobre los temas tratados, y sobre todo de su impresión personal del Padre [de quien llegó a decir: «*el Padre Hurtado es 100% de los nuestros*»]).

b) De su estada en Roma:

1º Su audiencia con el Papa Pío XII, al que presentó un informe, o exposición, de lo que él consideraba entonces el estado real del catolicismo en Chile.

2º Sus varias y prolongadas reuniones con el R.P. General [de la Compañía de Jesús], Juan B. Janssens, su antiguo rector de Lovaina, por quien tuvo siempre gran estima y cariño.

Este trato directo y amistoso no sólo le dio el consuelo de recibir una plena confirmación de su espíritu religioso y apostólico, si no que lo animó fuertemente a realizar los nuevos planes que tenía pensado para una acción social y sindical.

En los documentos originales conservados cuidadosamente, relata él mismo las palabras de aliento y no sólo de bendición amplia y confiada en su proyectada acción en ese terreno arduo, pero de vital importancia, sino casi una orden. La decisión la dejó en manos del Superior Provincial, pero su complacencia y voluntad estaban claramente indicadas.

[Finalmente, junto a Manuel Larraín, visitó al filósofo Jacques Maritain. El propio Padre Hurtado escribió: *«El mes en Roma fue una gracia del cielo, pues vi y oí cosas sumamente interesantes que me han animado mucho para seguir íntegramente en la línea comenzada. En este sentido las palabras de aliento del Santo Padre y de Nuestro Padre General han sido para mí un estímulo inmenso»*].



*Congreso Internacional de jesuitas en Versalles.
Su exposición sobre la situación social de Chile fue
descrita como "un grito de angustia, pero al mismo
tiempo, una irresistible lección de celo apostólico
puro y ardientemente sobrenatural".*

Después de este nutrido itinerario de congresos y entrevistas, el 17 de noviembre llegó a París, como él mismo afirmó, *«para encerrarme por un tiempo en mi pieza, pues las experiencias acumuladas son demasiado numerosas y hay que asentirlas, madurarlas, anotarlas»*. En diciembre escribió: *«Aquí me tiene en París, haciendo vida de Casa de Retiro, encerrado en una pieza, lleno de libros... hay tanto que hacer, tanto que leer y meditar, pues, este viaje me lo ha dado Dios para que me renueve y me prepare en los tremendos problemas que por allá tenemos»*. Durante más de dos meses, hasta el 20 de Enero, el P. Hurtado permaneció casi sin salir de París, y sólo fue unos días cerca de Lyon a un Congreso de moralistas. Su exposición en tal encuentro sobre la relación entre la Iglesia y el Estado, se tituló: *«¿Con o sin el poder?»*.

De este viaje rescató muchos aspectos; su opinión general del movimiento católico social fue muy positiva, aunque también percibió ciertos riesgos. Así, respecto del Congreso de moralistas, percibió *«un afán excesivo de renovación»* y una tendencia *«a olvidar los valores reales de la Iglesia, la visión tradicional»*, tendencia que podía tener como consecuencia dejar a la Iglesia *«sin dirigentes auténticamente cristianos, sino con hombres de mística social, pero no cristiano-social»*. No obstante, señaló que *«por encima de todo hay mucho espíritu, mucho deseo de servir a la Iglesia, y una abnegación realísima como se demuestra en los trabajos que emprenden»*. Se fortaleció, así, en él su gran admiración por el compromiso social de la Iglesia francesa].

Inquietud y apostolado social.

La ASICH y 3 libros

Este giro o inclinación de sus fuerzas humanas y apostólicas a este campo, le ocupó gran parte del último tiempo de su vida. Con gran esfuerzo ideó y organizó la ASICH (Acción Sindical y Económica Chilena), con la finalidad de *“despertar en los obreros cristianos la conciencia de sindicalizarse, y agrupar a los cristianos ya sindicados, para que con plena formación luchén en el interior de los sindicatos por la implantación del orden cristiano ... es ajena a toda política partidista y exclusivamente gremial...”*. Uno de sus principales objetivos era la preparación y buena formación de *“dirigentes sindicales”*.

Por el carácter de la obra, encontró dificultades en la obtención de los fondos necesarios para su establecimiento y organización, pero luchó hasta hacerla marchar, con varias secciones y hasta con su propia revista: *Tribuna Sindical*.

En los documentos personales, auténticos, dirigidos a su Superior Provincial, explica él, brevemente, los fines y primeros logros de su querida ASICH.

Esta obra significó para el Padre el comienzo o acrecentamiento de fuertes críticas, tachándolo de muy avanzado y hasta de tendencias comunistas. [En una carta de respuesta a las críticas recibidas, que revela la personalidad de Alberto Hurtado, señaló: *«Claro que hay muchos peligros, y que el terreno es difícil... ¿Quién no lo ve? Pero, ¿será ésta una razón para abandonarlo aún más*

tiempo?... ¿Que alguna vez voy a meter la pata? ¡Cierto! Pero, ¿no será más metida de pata, por cobardía, por el deseo de lo perfecto, de lo acabado, no hacer lo que pueda?». La injusticia de los ataques le dolía, pero no le impedía seguir adelante; por lo demás, la carta de Monseñor Tardini, con la aprobación inicial de la Santa Sede, y la amplia aprobación y bendición de su obra por parte del Cardenal Arzobispo de Santiago, Monseñor José María Caro, le daban seguridad y estímulo necesarios.

Increíble parece, pero encontró tiempo no sólo para estudiar el tema sindical, sino para escribir acerca de él, su libro *Sindicalismo* (Editorial del Pacífico, Santiago, 1950, 270 paginas). Antes ya había escrito su excelente libro *Humanismo Social* (Editorial Difusión, Santiago, septiembre 1947, 320 páginas), en el que expresa lo que su grande alma siente sobre la justicia y caridad cristianas. Y un año después había publicado una amplia selección de enseñanzas pontificias y pastorales episcopales acerca de la Doctrina Social de la Iglesia, en dos volúmenes, con acotaciones y nexos escritos por él. *El Orden Social Cristiano, "Club de Lectores"* (Edit. Difusión, 2 vol., Julio y Agosto 1948, 534 y 282 páginas).

Estuvo preocupado hasta el último por el mantenimiento de esta obra de promoción sindical. Veía difícil su base y ayuda económica, pero necesaria, sobre todo en el período de su organización y posible crecimiento; y por eso, estando él ya enfermo en la clínica, aceptó agradecido de algunos amigos, entre ellos don Daniel Sotta Barros y Ramón Venegas Carrasco, la creación de una fundación destinada a ese objeto, que,

ALBERTO HURTADO, S.J.

SINDICALISMO

HISTORIA · TEORIA · PRACTICA



EDITORIAL DEL PACIFICO S.A.
SANTIAGO DE CHILE

en su recuerdo y homenaje, fue bautizada con el nombre de Fundación 'Alberto Hurtado'.

En medio de este cúmulo de actividades, tuvo aun otras adicionales y relacionadas con ellas:

a) Asesoró a la Asociación de Oficinistas.

b) Asesoró a la Asociación de Maestras.

c) Asimismo, a un grupo grande de asistentes sociales. Éstas tuvieron su oficina propia dentro de los viejos pero amplios locales que el Padre había comprado y adaptado, frente a la iglesia y el colegio de San Ignacio (donde él vivía), para las oficinas de sus dos grandes obras: la ASICH y el Hogar de Cristo, dos grandes hijas de un gran Padre, una para promover la justicia social; la otra, la beneficencia y caridad cristianas.

[Entre el 6 y el 13 de enero de 1950, el episcopado boliviano lo invitó a participar en la Primera Concentración Nacional de Dirigentes del Apostolado Económico Social, en Cochabamba. Y la Juventud de la Acción Católica boliviana también solicitó su presencia. Su ponencia ante el episcopado se tituló: *Cuerpo Místico: distribución y uso de la riqueza*. En ella urge a buscar a Cristo completo, con todas sus consecuencias, afirmando que «por la fe debemos ver a Cristo en los pobres», e invitando a buscar soluciones técnicas adecuadas, pues «ha llegado la hora en que nuestra acción económico-social debe cesar de contentarse con repetir consignas generales sacadas de las encíclicas de los Pontífices y proponer soluciones bien estudiadas de aplicación inmediata en el campo económico-social»].

Revista Mensaje

La última de sus grandes realizaciones apostólicas fue la revista *Mensaje*, que en años posteriores, varias veces y por distintos motivos, sería discutida y criticada.

Él la ideó y deseó francamente de información y orientación católica amplia, es decir, no circunscrita a alguno o algunos puntos determinados, sino de orientación general.

[Fundar una revista formaba parte del proyecto de trabajo social que propuso en 1947 al P. Janssens, Superior General de los Jesuitas, y de su interés por el apostolado intelectual. Deseaba la publicación de «una revista de vuelo» con la finalidad de dar formación religiosa, social y filosófica. Él quería: «*Orientar, y ser el testimonio de la presencia de la Iglesia en el mundo contemporáneo*»].

Dentro de lo que desde el principio de su actividad apostólica observó, estaba la ignorancia religiosa... que le había movido a escribir su obra *¿Es Chile un país Católico?*, lamentaba la desorientación existente, aun en gente culta, acerca de puntos importantes, tanto en el orden religioso, como social y aun cultural.

Durante años pensó en la posibilidad de una revista para obviar y satisfacer esa necesidad, pero solo la pudo realizar a fines de 1951, cuando ya sentía los primeros síntomas de la enfermedad que cortarían su enorme actividad y fecunda vida. Con gran consuelo alcanzó a ver en su lecho de enfermo los primeros números de su querida revista. Él escribió su primera editorial, y después se han publicado en ella varios artículos suyos.

En esa primera editorial decía así:

«Hoy, 1 de Octubre de 1951, nace nuestra revista. Ha sido bautizada MENSAJE, aludiendo al mensaje que el Hijo de Dios trajo del cielo a la tierra y cuyas resonancias nuestra revista desea prolongar y aplicar a nuestra patria chilena y a nuestros atormentados tiempos.»

Quienes emprenden la publicación de MENSAJE saben, sobradamente, que no serán capaces de ofrecer un pensamiento siempre adecuado a problemas que sobrepasan las fuerzas no sólo de muchos hombres, sino hasta del espíritu humano. Pero confían en Aquel que es Padre de las luces y por cuyo amor inician esta obra; confían en la dirección doctrinal que emana continuamente de la Santa Sede y del Episcopado, apoyo precioso para comprender mejor la verdad y evitar errores...

Y aún sintiendo la desproporción de las fuerzas para la tarea, MENSAJE pretende ser un estímulo para realizar el audaz pensamiento de S.E. el Cardenal Saliège: "Nosotros somos en parte responsables del destino de la humanidad. Estamos llamados a hacer la historia, más bien que a ser moldeados por ella. Demos muestra de imaginación creadora. El pasado vive en el presente. El presente lleva en sí el porvenir. ¿Cuál será el mundo del mañana? Lo que lo hagan nuestra fe, nuestra esperanza y nuestra caridad"».

[Tanta actividad será consecuencia de su entrega generosa; en él mismo se vio cumplido lo que antes había dicho: *«Si alguien ha comenzado a vivir para Dios en*



*“¡Oh bendita vida activa,
toda consagrada a mi Dios,
toda entregada a los hombres!”*

abnegación y amor a los demás, todas las miserias se darán cita en su puerta». Asimismo, cobrarán una especial relevancia sus propias palabras: «Soy con frecuencia como una roca golpeada por todos lados por las olas que suben. No queda más escapada que por arriba. Durante una hora, durante un día, dejo que las olas azoten la roca; no miro el horizonte, sólo miro hacia arriba, hacia Dios. ¡Oh bendita vida activa, toda consagrada a mi Dios, toda entregada a los hombres, y cuyo exceso mismo me conduce para encontrarme a dirigirme hacia Dios! Él es la sola salida posible en mis preocupaciones, mi único refugio»].

Última enfermedad y muerte del Padre Hurtado

Aunque de naturaleza fuerte y temperamento muy dinámico, por sus antecedentes familiares, siempre creyó el Padre Hurtado que moriría joven y de repente, y por ello solía decir que tenía la obligación de aprovechar los años de servicio al Señor.

Sin embargo, el Señor lo quiso probar y coronar su santa vida con una prolongada y dolorosa enfermedad. Ella fue la ocasión de manifestar y reflejar con mayor brillo aún esta vida de unión y amor a su Padre Dios.

Los primeros síntomas de su mal, trató de superarlos con su carácter varonil y esforzado, y su abnegación apostólica, que lo impulsaba a no interrumpir, en lo posible, sus ministerios.

Se sometió a los descansos que le recomendaron sus médicos y superiores. Para alejarlo algo del centro de sus actividades, estuvo un mes en Valparaíso en Noviembre de 1951. [Ya seriamente enfermo, el 15 de Abril de 1952, se 'arrastró' hasta Talca para hablar en la Catedral con ocasión de los 25 años de sacerdocio de su querido amigo Monseñor Manuel Larraín. Fue la última vez que pudo hablar en público].

Después, más tarde, en Mayo de 1952, cuando ya estaba bastante mal, pasó otra semana en Algarrobo, por la esperanza de alivio con los aires marítimos y natales.

Fue allá lleno de esperanzas de recuperar sus fuerzas. Ese lugar y esa playa le traían muy gratos recuerdos de su niñez y juventud, y volvía a la misma casa de su pariente y amigo don Arturo Echazarreta Larraín y señora María Hurtado (prima hermana del Padre). Lo acompañaba para atenderlo especialmente, y con gran solicitud y cariño, su fiel amigo y colaborador, don Hugo Cabezas Ponce.

El alivio y la aparente mejoría fueron breves, y la terrible realidad del mal que lo minaba, lo movió a pedirle a su Provincial que lo fuesen a buscar. Lo hizo personalmente, con gran pena, y esa noche alojó el Padre en la Casa Loyola (edificada principalmente por sus desvelos). Allí, con grandes dificultades y dolores por su flebitis, pudo celebrar la misa por última vez (19 de Mayo de 1952). Llegado a Santiago, se vio obligado a guardar cama hasta el fin de sus días.

Todo esto lo tomó no sólo con resignación, sino con entrega total, confiada y alegre.

Estando aún en su pieza del Colegio San Ignacio, de tantos recuerdos para muchos, sufrió, el 21 de Mayo de 1952, un doloroso infarto pulmonar. Pidió la Santa Unción, y expresó a todos los presentes su fe, su esperanza y entrega feliz al Señor; pidió, además, se comunicase a su tan querido Padre Janssens, General de los jesuitas, su recuerdo agradecido y la expresión de su amor a la Compañía de Jesús.

Superó ese mal; pero, al poco tiempo después los doctores Armas Cruz y Benavente, que lo atendían con gran cariño, descubrieron la causa última y fatal de sus dolencias: diagnosticaron “cáncer al páncreas” y para hacer los esfuerzos posibles de superar dicho mal, pidieron fuera trasladado a la Clínica de la Universidad Católica.

Para el Padre dejar esa pieza de religioso, en la que había atendido a tanta gente, resuelto tantos problemas y aliviado tantos dolores... fue muy doloroso, pero a nada ponía objeciones.

El diagnóstico se mantuvo en secreto por algunas semanas: sólo lo supieron su íntimo amigo, Monseñor Manuel Larraín, y su Provincial.

El Padre, sin embargo, con serenidad, se iba dando cuenta de la ineficacia de los remedios y, sospechando su gravedad, urgió amistosamente a uno de los médicos a decirle la verdad, asegurándole su interna tranquilidad. Entre él y el P. Alvarado le comunicaron la realidad.

Su reacción fue la de un alma íntegramente entregada en la amorosa Providencia de su Dios; en los demás, la impresión fue de impresionante admiración.



El P. Hurtado junto a su Comunidad de jesuitas.

Para narrar esa reacción con la mayor objetividad posible, diré, primeramente, lo que yo mismo vi y oí:

Esa misma mañana, después de haber estado y hablado con él, como siempre, hube de ir –por razones urgentes de mi cargo– a la Casa de Loyola (Noviciado y Juniorado); fue grande mi sorpresa cuando recibí allí un llamado telefónico de la clínica, diciendo que el Padre Hurtado me pedía fuese a hablarle. Dada su gran delicadeza de no molestar lo más mínimo, esto era muy raro, pues me había separado de él unas pocas horas antes. Fui inmediatamente: ¿Cuál era el motivo de este llamado urgente? Comunicarme lo que acababa de saber.

Me recibió con estas palabras que jamás olvidaré: «*Me he sacado la lotería*»; me lo repitió, y después me añadió: «*Me he atrevido a molestarle por lo grande de la noticia, para que me ayude a dar gracias a Dios*», y como al desahogarse lleno de alegría, se llenasen sus ojos de lágrimas, me añadía: «*Podré llorar por la emoción, pero, créame, Padre, estoy feliz, feliz*».

Aunque tenía fiebre alta, quiso seguir hablándome de sus cosas, y de su deseo de comunicarse inmediatamente con el P. Montes (Ecónomo de la Provincia Chilena) para arreglar cuanto antes todo lo referente a las cuentas de sus obras y de todo asunto temporal de dinero, «*para no preocuparse ni pensar ya en nada material, sino en su preparación para el encuentro con su Padre Dios*».

Estuvo el P. Montes largo rato con él. Después de esto, el Padre Hurtado continuó manifestando a todos los

que lo visitaban, su inmensa y profunda alegría espiritual que, a su vez, llenaba de santa impresión a todos. Como muestra, entresaco algo de lo referente a esta comunicación, del diario de la enfermedad del Padre, llevado con tan sentido interés y cariño por la señora Marta Holley de Benavente:

«El Padre ha sabido que está desahuciado. Quiere despedirse de todos. Con su buena sonrisa, me tiene la mano y me dice: "Mire, Marta, ¿cómo no estar contento? ¿Cómo no estar agradecido con Dios? ¿Qué fino es Él! Todas mis obras han prosperado; en lugar de una muerte violenta me manda una larga enfermedad para que pueda prepararme; no me da dolores (sic), me sostiene mi cabeza para que pueda arreglar tantos asuntos; me da el gusto de ver a tantos amigos... Verdaderamente Dios ha sido para mí un Padre cariñoso, el mejor de los Padres"».

Padre, le digo, a pesar de su estado, no pierdo las esperanzas de verlo bien: ¡hace tanta falta!... "Marta, estamos en las manos de Dios... Esa es la gran ciencia, estar a fondo en las manos de Dios... pero somos tan tontos que no aprendemos nunca a entregarnos completamente. Ahora estoy enteramente en sus manos y por eso estoy tan feliz"».

Y pensando siempre en los demás, en los pobres, les decía (a las señoras de la Fraternidad de Cristo): *«Preocúpense que haya respeto al pobre: sus camas, que no falten cucharas, platos... Trabajen por la dignidad del pobre; es Cristo a quien sirven. Que haya en el Hogar contacto con el pobre, busquen al pobre con amor y*

respeto... Que no se desvirtúe esa llama de caridad del Hogar de Cristo, para convertirse en una caridad fría».

Y al agradecerles nuevamente el día 26 de Julio, día de Santa Ana, su saludo y oración por su madre terrena (Ana Cruchaga de Hurtado), les repite: *«Que los detalles para dignificar al pobre sea lo más importante; que Cristo tenga menos hambre, menos sed, que esté más cubierto gracias a ustedes. Sí, que Cristo ande menos pililo, puesto que el pobre es Cristo».*

Y en un rasgo tan bellamente humano, les agradece, especialmente, su compañía en ese día de su madre: *«Otros años no me he atrevido a pedirles que se reunieran en una misa por mi madre, para no molestarlas, pero este año la mamá ha estado bien festejada con la asistencia a la misa y comunión de todas ustedes, y con una misa de la ASICH oficiada por Manuel Larraín. Hoy día para ella es una gran fiesta. ¡Que Dios las bendiga!».*

El diagnóstico médico era categórico, pero el plazo, indefinido, y se fue alargando durante varias semanas.

Su jornada comenzaba con la misa, que le celebraba cada día algún sacerdote amigo o jesuita, y era toda de oración y de apostolado, en cuanto se lo permitían sus débiles fuerzas corporales: innumerables personas lo visitaban, ricos y pobres, para recibir consejo y bendición.

Las molestias y dolores se iban haciendo cada día mayores. En uno de los dolorosos vómitos, en que devolvía aún los pocos líquidos que había ingerido, la Superiora de las religiosas que atendían la clínica, Sor

Facundina, se daba vuelta para que el Padre no la viese llorar de emoción, al ver que éste, pasado el vómito, tuvo sólo un gesto, su sonrisa característica, exclamando la Madre, a media voz: «*Este Padre es un santo*».

En los mayores dolores, repetía él la misma máxima que tanto aconsejaba y repetía en vida: «*Contento, Señor, Contento*». Gozaba con la compañía de sus compañeros jesuitas, de sus amigos y de los fieles colaboradores de sus obras, a quienes les pedía perseverancia y cariño en su atención. Por ellas, confiado en esta colaboración, declaraba morir tranquilo.

[Su amor a los más pobres, quedó reflejado en la última carta que dictó cuatro días antes de morir, que podríamos considerar su testamento espiritual: «*Al partir, volviendo a mi Padre Dios, me permito confiarles un último anhelo: el que se trabaje por crear un clima de verdadero amor y respeto al pobre, porque el pobre es Cristo. 'Lo que hicieréis al más pequeñito, a mí me lo hacéis'.... Al desearles a todos y a cada uno en particular una feliz Navidad, os confío en nombre de Dios, a los pobrecitos*»].

Su último día, 18 de Agosto de 1952, por una curiosa, pero providencial, circunstancia, tuvo dos misas, una de ellas del P. Tascón, Provincial de los Dominicos, y de su primo Carlos González Cruchaga, recibiendo con suma dificultad una partícula de la hostia.

Los pasillos y alrededores se iban llenando de gente. Después de medio día, comenzó la agonía. En la mañana aún contestó imperceptiblemente dos preguntas que le

hizo el doctor Armas Cruz. El Padre Hurtado, tomándole la mano, la llevó lenta y dificultosamente a sus labios, como agradecimiento, lo que impresionó profundamente al doctor.

Durante las últimas horas tenía cerca de su cama a muchos jesuitas, con otros amigos, que rezaban. El último gesto visible de que aún seguía consciente, fue el levantar débilmente las manos y los brazos, cuando el P. Alvarado, junto a él, le encomendaba a la Virgen.

Rezada la recomendación del alma y en medio de un ambiente de oración y de impresionante silencio, dio su último suspiro dos o tres minutos después de las cinco de la tarde.

Luego que el Provincial recitara el primer Responso, los innumerables asistentes a sus últimos momentos se acercaron para besar sus manos y tocarlo con objetos piadosos. Su rostro recuperó pronto su placidez y bondad. *«Con los ojos cerrados, las manos cruzadas sobre el crucifijo de sus votos, el gesto serio de las grandes ocasiones, reposa en paz»*. Los asistentes rezaron de rodillas el primer Rosario, meditando los Misterios Gloriosos... *«es el Magnificat que brota ahora de todos los labios. Ante la muerte se canta este día Lunes 18 de Agosto de 1952, la Resurrección»* (diario de Marta Holley).

Comienza el arreglo de su traslado a San Ignacio. Durante las últimas semanas, la radio y prensa mantuvieron a la ciudad y al país informados de su salud. A los minutos después de su muerte, ésta se divulgó por las radios como un duelo nacional.



Fama de santidad durante su vida

¿Cómo explicar esta increíble multiplicidad de actividades de un hombre y sus realizaciones en sólo 16 años, en obras que perduran, gracias a la vitalidad que él les infundió?

Las cualidades y fuerzas humanas y naturales fueron en él extraordinarias: salud, talento, elocuencia, simpatía, optimismo, audacia, vehemencia, tenacidad, alegría... pero ellas son insuficientes e incapaces de explicar la acción de este hombre. Hay que sumar a éstas las fuerzas y gracias sobrenaturales que recibió del Señor, que el Padre Hurtado imploró con su oración y fecundó con una constante, humilde y heroica correspondencia.

El hombre era no sólo emprendedor, inteligente y activo, sino un varón de Dios, un apóstol de Jesucristo, entregado totalmente a Su servicio.

No es extraño, pues, que ya en vida gozase de una fama muy extendida de santidad. Y así, a las previas investigaciones pedidas por la Congregación de «las Causas de los Santos», acerca de la fama de santidad de una persona, antes y después de su muerte, podemos, en nuestro caso, dar una sincera respuesta plenamente afirmativa.

A sus ejercicios espirituales y predicación acudía la gente en gran número, ante todo, por ver en él al hombre de Dios, al que consideraban como santo y que por el espíritu de fe y de caridad que irradiaba, invitaba y persuadía a ser mejores y a amar al Señor.

Lo mismo aparecía en la afluencia a su confesionario y dirección espiritual.

Al retirarse de la Asesoría de la Juventud Católica, los miembros del Consejo Nacional, en carta pública, después de agradecerle cuánto le debían ellos y toda la Asociación, terminaban con estas palabras: *«y le pedimos también que disponga de nuestras energías y entusiasmo para todas las obras que el Señor se complace en hacer por su mano, que Usted en su modestia creará humilde y torpe, pero que nosotros consideramos santa, noble y valerosa»*.

En sus diversos apostolados y especialmente en el Hogar de Cristo, se recuerdan hechos impresionantes, que confirmaban en todos sus cooperadores la convicción de su santidad. Por ejemplo:

a) En 1948, el Padre presenta al Consejo Superior del Hogar de Cristo un proyecto que, a pedido suyo, ha hecho un arquitecto para un hogar de niños, y cuyo presupuesto es de un millón.

El Consejo, preocupado por los muchos gastos y compromisos, rechaza el proyecto por entonces. El Padre no quiere forzar, pero sale de la reunión, llamado de la portería (del Colegio), para atender a una señora que, junto con su marido, le dice: *«Habíamos pensado dejarle en testamento una suma, pero hemos creído mejor darla en vida»*, y le pasa un sobre con un cheque. El Padre agradece y al volver a la reunión, lo ve con emocionada gratitud: ¡era de un millón! Lo extiende ante el Consejo, diciendo: *«¡Hombres de poca fe!»*.

b) Se inaugura la Escuela Granja de Colina. Se necesitaba una bandera chilena. Ninguno de los asistentes tiene una de las dimensiones requeridas. Estamos en plena guerra, la lanilla inglesa está por las nubes... ¿qué hacer? Una señora presente abre su cartera y sacó \$100. «*No es mucho –dijo– pero algo ayudará*». Termina la reunión. Dos señoras que están a cargo del ropero, queda tiempo hasta la hora de almuerzo; han llegado algunos paquetes ... se podría ordenar algo. De repente se escuchó un grito: al abrir uno de los paquetes aparece una bandera de las dimensiones requeridas. Cortas se hicieron las piernas para llevarle la bandera al Padre.

c) «*Necesito unos uniformes azul marino para niñas de 10 y 12 años*» – es el Padre que habla, tiene un caso trágico y hay que internar a unas niñitas. Por una casualidad, que el Padre llama 'Providencia', esa misma mañana han llegado uniformes y delantales de la talla requerida... «*El Patrón es tan fino*».

d) No hay papas. La monjita ha lanzado su S.O.S. y el Padre pide a sus colaboradores que traten de conseguir unos sacos: «*La hospedería está repleta y la gente tan pobre y hambrienta*».

Suena el timbre del Hogar de Cristo... un camión de papas. La explicación del propietario es muy sencilla: no le dieron el precio que él pedía. «*Prefiero botarlas*», dice mientras se marchaba. De repente se acuerda de haber oído hablar del Hogar de Cristo. En el guía de teléfonos ve la dirección ... y allí está con sus papas.

La monjita le hace recorrer la casa, explicándole la obra. El hombre se rasca la cabeza mientras dice: «*¿Quién me hubiera dicho esta mañana a dónde iban a venir a parar mis papas? ¡No lo hubiera creído!*».

¡ Caminos de la Providencia!

Asimismo con los diputados y senadores de todos los partidos e ideologías tenía entrada fácil y amistosa, por el común y fuerte influjo que ejercía su actuación y su vida personal, que inspiraba, no sólo intenso respeto, sino franca veneración.

La esposa del presidente de la República, señora Rosa Markmann de González Videla, de un trato sólo casi ocasional, concibió gran admiración que pronto pasó a verdadera veneración, después de haber visitado al Padre Hurtado algunas veces en la clínica, durante su enfermedad. No pudo retener sus lágrimas cuando el Padre se despidió de ella con las palabras: «*¡Hasta el Cielo!*».

Si esta veneración tributada al que se consideraba como un santo, surgía en todos los sectores, cercanos y lejanos, ésta existía, aun más profundamente, en el seno de la Compañía de Jesús, en donde se le estima extraordinariamente, como a un fiel imitador y modelo de apóstol de Jesucristo en el siglo XX.

A él acudían especialmente los jóvenes religiosos a buscar ese espíritu religioso que sólo se puede conservar en esa búsqueda leal de la santidad, que se transparentaba en toda su múltiple e intensa actividad.

Fama de santidad después de su muerte

Al llegar sus restos a la Iglesia de San Ignacio, como a las 7 p. m., ya lo esperaba una multitud de gente, que comenzó a rezar y desfilar junto a su ataúd, lo que se prolongó muchas horas, hasta avanzada la noche, para continuar todo el día siguiente, con emocionantes escenas de dolor.

En su diario acota Marta Holley: *“Se había arreglado para él un catafalco de terciopelo, demasiado grande y demasiado rico para él; pero cuando lo colocan en su lugar, se dieron cuenta que nadie podría verlo porque está muy alto. Se juntan entonces dos bancos. Así, humilde como él lo habría elegido. Ahora está a la altura de la gente como en sus días de apóstol, cuando con su sonrisa característica recibía a todo el mundo”*.

El funeral y entierro, en la mañana del 20, fueron imborrables para todos los que en ellos participaron. A la amplia Iglesia se calcula que lograron entrar unas cinco mil personas, quedando las demás en el atrio y en la calle.

La misa fue celebrada por Monseñor Manuel Larraín, Obispo de Talca y amigo de toda la vida del Padre Hurtado, con asistencia en el Presbiterio del Cardenal, Monseñor José María Caro; el Nuncio de S.S., Monseñor Mario Zanin; varios obispos y muchos sacerdotes, fuera de los jesuitas.

La oración fúnebre de Monseñor Larraín, fue una pieza magnífica, que no parece explicarse por la sola gran elocuencia del orador, y hace creer en una verdadera inspiración.



Junto al Presbiterio asistían el edecán del Presidente de la República, varios ministros, parlamentarios, el Alcalde de Santiago, etc.

A la salida de la multitud, mientras se formaba junto y detrás de la carroza, se observó en el Cielo una cruz perfectamente delineada por las nubes, que varios centenares de personas pudieron contemplar, y aún ser captada por las máquinas fotográficas y publicada en la prensa.

La carroza fue arrastrada por centenares de admiradores, de todas las clases sociales, entre ellos, sus protegidos del Hogar de Cristo, a través de unas 38 cuadras, hasta la parroquia de Jesús Obrero, acompañada hasta allá por varios miles de personas.

Se tenía la autorización civil y religiosa para enterrarlo en una capilla lateral, semiindependiente, y cumpliendo los deseos del Padre de quedar junto a sus queridos y protegidos del Hogar de Cristo.

Su tumba es cariñosa y confiadamente visitada, especialmente los días 18, y en forma extraordinaria en los aniversarios de su muerte, a través de los años ya transcurridos.

Todos los diarios de la capital y muchos de las provincias, así como innumerables revistas, publicaron los días 19, 20 y siguientes, no sólo detalladas noticias acerca del funeral y entierro, sino artículos laudatorios de vibrante sentimiento y veneración. En todos ellos aparece latente la persuasión de todos que se alababa a un santo; en uno de ellos llamó la atención una frase final:

«Entretanto, creamos que Cristo vuelve cada cierto tiempo a la tierra. Ahora acaba de estar... y se acaba de ir» (Editorial del diario *La Segunda*, del 20 de Agosto de 1952).

Esa frase sintetizó la agradecida convicción de todos sus innumerables admiradores: que el Padre Hurtado fue una visita de Dios a nuestro Chile y a la Iglesia. Es lo que ya Monseñor Manuel Larraín, Obispo de Talca, expresaba el mismo día 20, en su magnífica oración fúnebre:

«Si calláramos, "lapides clamabunt", las piedras clamarían. Si silenciáramos su lección, desconoceríamos el tiempo de una gran visita de Dios a nuestra patria.

Para condensar todas estas variadas facetas en una sola luz, no he hallado otro pensamiento mejor que lo sintetice que la palabra con que el mismo San Pablo se designa "Apostolus Iesu Christi" (Apóstol de Jesucristo). En ella se encierra la rica y breve vida del Padre Hurtado en la tierra. Ella constituye en la muerte su mejor elogio, así como también ella es ya su corona en la eternidad. Apostolus Gloria Christi (el Apóstol es gloria de Cristo).

El Padre Alberto Hurtado tenía ciertamente todas las características de esos hombres que Dios suscita, para ser en cada época, los enviados que testimonian la trascendencia de lo eterno y captan, para orientarlas, las angustias e inquietudes de su generación.

El apóstol es el hombre que toma conciencia de su misión divina y se entrega a ella sin límite. Es el que da la vida, el que se juega la vida, el que sabe que la vida vale en la misma medida del amor que la alienta e inspira...

Apóstol de Jesucristo, todo lo ofrendó y su vida fue una perpetua oblación: "Tomad, Señor, y recibid".

Apóstol de Jesucristo, su muerte ejemplar consumó el holocausto de su vida. "Dame tu amor y tu gracia. Esto sólo me basta"».

En el Senado y en la Cámara de Diputados se hizo solemne homenaje a su memoria y a su obra, por la boca de parlamentarios de todas las ideologías; asimismo, en la Municipalidad de Santiago, cuyo alcalde tuvo, además, un discurso al enterrar sus restos.

En el primer aniversario de su muerte, se celebró una Magna Asamblea, que repletó el Teatro Municipal de Santiago.

El año 1954 (el 27 de Julio), por ley de la República, el nombre del pueblo de Marruecos, donde el Padre construyera la Casa de Formación de los Jesuitas y su Casa de Ejercicios, en la que predicara tantas veces, fue cambiado por el de PADRE HURTADO.

Son innumerables las instituciones, escuelas, colegios, sociedades que llevan su nombre.

Numerosas son las limosnas que se reciben en agradecimiento por favores recibidos. Asimismo, en cartas o visitas, personas de diferentes clases sociales dan cuenta de estos favores.

Estos testimonios de veneración llegan de todas partes del país. En ellos se trata al Padre como a un santo, atribuyendo esas gracias materiales y espirituales a su intercesión en el Cielo.

Si a su muerte hubo que impedir el despojo de sus prendas de vestir y objetos de uso, después, sobre todo, en numerosos casos de enfermedad, se piden con gran fe reliquias para suplicar la salud.

Imágenes del Padre son pedidas y agradecidas como un gran obsequio, como las de un santo.

Pero el mayor y más patente de los milagros está –a juicio de muchos– en la permanencia y crecimiento del Hogar de Cristo.

Esta obra, que la gente identifica con el Padre Hurtado, y que es el mayor monumento visible de su acción apostólico-caritativa, ha sido siempre un desafío lleno de fe a la Providencia.

Sus presupuestos, en el múltiple complejo de sus diferentes secciones, llegan a sumas que, para una institución con entradas fijas relativamente muy pequeñas, aparecen no sólo insuperables, sino absurdas, dentro de un cálculo humano y natural; pero ellas siguen siendo superadas, por soluciones de otro orden superior: las ayudas llegan de todo Chile, pequeñas y grandes, con frecuencia anónimas, y, a veces, en las formas más sorprendentes, y justo en los momentos más difíciles.

Todo ello nos muestra que el Señor sigue bendiciendo esta obra del P. Hurtado.

Padre Álvaro Lavín S.J.

Camino a la canonización

[El mismo año de su muerte, en 1952, el Provincial chileno, el Padre Álvaro Lavín, SJ, le sugirió al Padre General de la Compañía de Jesús que se iniciara su proceso de canonización.

En 1955, el Padre Carlos Pomar, SJ, comenzó con las consultas a los testigos para el proceso de canonización. Años después, en abril de 1971, la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal de Chile acordó pedir la introducción de la Causa.

En 1987, el Santo Padre Juan Pablo II, de visita en Chile, llegó hasta el Hogar de Cristo y rezó ante la tumba del Padre Hurtado. En esa ocasión el Santo Padre pronunció estas desafiantes palabras: *«nos ilumina la figura del Padre Hurtado, hijo preclaro de la Iglesia y de Chile. Él veía a Cristo mismo en sus niños desamparados y en sus enfermos. ¿Podrá también en nuestros días el Espíritu suscitar apóstoles de la talla del Padre Hurtado, que muestren con su abnegado testimonio de caridad la vitalidad de la Iglesia? Estamos seguros que sí; y se lo pedimos con fe»*.

El 16 de octubre de 1994, el Papa Juan Pablo II beatificó al P. Hurtado en la Plaza San Pedro del Vaticano. En abril de 2004, fue reconocido oficialmente por el Vaticano el segundo milagro del Padre Hurtado, y el Santo Padre firmó el decreto, y se fijó la fecha de la Canonización para el 23 de octubre de 2005].



*“¿Cómo no estar contento,
cómo no estar agradecido de Dios!”*

*Diario de la enfermedad y muerte
del Padre Hurtado
escrito por Marta Holley*

La Sra. Marta Holley de Benavente, fue una estrecha colaboradora del Padre Hurtado en su trabajo del Hogar de Cristo, y su marido, el Dr. Ricardo Benavente, fue uno de los médicos que lo trató durante su enfermedad. Junto a otras personas, fue quien dio vida a la «Fraternidad del Hogar de Cristo», un grupo de hombres y mujeres (en su mayoría matrimonios) fuertemente comprometidos con el Hogar 'en el cual la entrega era más profunda; fijada por votos que seguían los consejos evangélicos'. Se destacaban por un 'cuarto voto', muy especial, de obediencia al pobre.

En estas páginas, Marta Holley relata, como testigo privilegiado, los días de enfermedad del Padre Hurtado, y nos ofrece el fiel testimonio de los últimos anhelos y esperanzas del santo antes de morir.

En algunas ocasiones, Marta Holley para omitir el nombre completo de algunas personas involucradas en el relato, lo reemplaza por sus iniciales.



21 de abril de 1952. El Padre Hurtado se ha estado sintiendo mal. Temo lo peor. Él se da cuenta que puede ser el comienzo del fin.

21 de mayo. Se me anuncia que el Padre Hurtado se ha sentido mal hoy día (infarto al corazón) pero la información estaba errada, era el pulmón. Como a las 7 tuvo un ahogo y se creyó que era el fin. Ahora reposa pero está muy débil.

He seguido paso a paso su enfermedad y he tenido la certeza interior que lo tendremos muy poco tiempo más con nosotros. Cuando en noviembre partió para Viña porque se sentía muy cansado, supe que era su primera partida. Ahora Señor te pido por él. ¿Cómo podría pedirte que nos lo dejaras cuando sé que está maduro, listo para ir a ti? Tantas veces nos predicó sobre la muerte de un cristiano, diciéndonos que es el abandono del hijo en brazos de su Padre, que era el encuentro del Bien, al fin encontrado, y sin miedo de perderlo, que era el amor que nos envolvería hasta fundirse en nosotros. Dios mío, en estos momentos de angustia humana, dale una gran visión de fe; para que la entrega de su vida entre tus manos sea un don perfecto.

El mes pasado el Padre me dijo: «*Arreglo las cosas para que no haya dificultades después, me sentí anoche tan mal que creí que era el fin*». Y mientras conversaba de cosas del Hogar de Cristo, arreglaba cajones, firmaba papeles y cheques.

24 de mayo. El Padre mejora lentamente. El día de hoy ha sido tranquilo.

29 de mayo. Ricardo me ha dicho hoy día que el Padre no tiene un mes de vida. Cualquiera complicación no podrá resistirla.

1 de junio. El Padre sigue muy mal, sin esperanza diría yo. En espíritu de fe ofrece sus dolores por los pobres, por la Asich, por el Hogar. Su vida ha sido un ejemplo, su enfermedad lo es también. Ayer sintiéndose muy mal, pidió la absolución pidiéndole a Dios de llamarlo si esa era su voluntad, porque él estaba pronto para ir a su Dios y Señor.

28 de junio. El Padre después del día del Sagrado Corazón en que hubo oración durante todo el día por él, poco a poco ha vuelto a tener fuerzas. Ricardo me dice a la hora de almuerzo: «*No entiendo nada, el Padre está mejor*». Y los médicos en la tarde: «*Si sigue así 4 ó 5 días, podremos estar contentos*».

6 de julio. El Padre vuelve a bajar la pendiente. Vive en forma artificial con inyecciones, transfusiones de sangre. Está mejor un día para volver a caer; se ve que es un cuerpo que ya no puede reaccionar solo.

12 de julio. Segundo aniversario de la Fraternidad del Hogar de Cristo. El Padre nos ha permitido asistir a su

misa en el hospital, más aún, nos esperaba con impaciencia y con alegría. Al lado del altar que estaba en el corredor todos los miembros de la Fraternidad.

¡Cómo nos sentíamos unidas al lado del querido enfermo! Como el *introito*: «*Os justi meditabatur sapientiam et lingua ejus loquetur judicium: lex Dei ejus in cordi ipsius*», [La boca del justo medita la sabiduría y su lengua proclama el juicio, la ley de su Dios está en su corazón (Sal 36,30-31)], una alabanza a San Juan Gualberto, pero también el vivo reflejo de nuestro padre espiritual; y luego la oración: *ut quod nostris méritis non valémus, ejus patrocínio assequámur* [lo que no alcanzamos por nuestros méritos, lo recibamos por su patrocínio]. Era el Santo de ese día, pero también el de todos los santos del cielo a quienes invocábamos para pedir por su salud. Luego la Epístola, el Evangelio que es como el testamento de caridad del Hogar de Cristo, y de nuestra pequeña Fraternidad... y nuestro querido Canon, que se aprendió de memoria después de haberlo repetido durante años... ¿Ya es el fin? Me gustaría estar en el *In Nomine Patris*... La misa ha terminado.

Ricardo entra en la pieza del Padre para decirle adiós, pero él quiere vernos y hablarnos. Entramos en su pieza; pálido, flaco, débil, ya no es el Padre que hemos conocido, pero siempre está allí su sonrisa y su mirada penetrante. Con una voz temblorosa nos agradece las oraciones y el haber venido; se siente, dice, milagrosamente bien esa mañana. Ha rezado por nosotros durante la misa, por nuestra fraternidad, por el Hogar, por nuestros pobres, para que seamos verdaderamente de



Cristo. Nos tiene unos santitos para cada uno de nosotros con una leyenda: *«Sed perfectos como mi Padre Celestial es perfecto»*. Y del salmo 40,2: *«Bienaventurado el que atiende al necesitado y al pobre»*. Firmado por él y con la fecha: *12 de julio 1952. Il aniversario de la Fraternidad del Hogar de Cristo*. Nos bendice y luego nos vamos.

La tarde del 12, acompaño a mi hermana que está enferma; a las 7 parto con Rodolfo al hospital para buscar los platos del almuerzo del Padre y aprovecho para hacerle preguntar qué desearía para el día siguiente. Al saber que estoy afuera me hace entrar. Lo veo más flaco y cansado que en la mañana. Es un hombre acabado, un cuerpo que se cae a pedazos, sólo la voluntad está presente para hacerlo reaccionar.

«Qué bien que haya venido, me dice. Le he escrito hoy para darle las gracias a todas las que vinieron esta mañana, por el sacrificio que representa una misa tan temprano... Son ustedes demasiado buenas... Recibo demasiado... es por eso que he cantado durante todo el día el 'Te Deum' y el 'Magnificat'».

Le hablo del gusto de verlo, que no ha sido un sacrificio porque las que estamos en deuda somos nosotras y que esté tranquilo porque todo marcha bien en el Hogar. *«Esté tranquilo, le digo, porque su obra es la obra de Dios. Ud. ha sido el principal instrumento, nosotros pobres instrumentos, pero Cristo ha trabajado a través nuestro»*.

Su mirada, se perdía en el techo. *«Sí, me contestó, por eso tengo confianza...»*.

«En cuanto a la Fraternidad, le dije, tengo confianza, creo que crecerá y se cimentará, es el núcleo, la savia de caridad del Hogar de Cristo. Creo además que será necesario no solamente que exista una fraternidad de mujeres; sino también de hombres. Un núcleo ferviente, consagrado a Dios a fondo con votos, trabajando, cansándose por los pobres del Hogar de Cristo».

«Ha comprendido, me dijo, eso es. Estoy tan entregado que estoy en las manos del Patrón, somos sus hijos...». Toda su actitud era una oración.

15 de julio. El Padre Alvarado ha arreglado una última entrevista con el Padre Hurtado para precisar los últimos puntos de la Fraternidad. Ha sido un rudo día de trabajo amarrada a mi escritorio hasta las 4 de la tarde para redactar todo antes de ir al hospital.

Encuentro al Padre más cansado y deshecho que el sábado pasado. La fuerza de la mirada no es la misma y el brío está velado. Le pido perdón de molestarlo, pero él mismo desea poner los puntos sobre las íes.

«Padre, le digo, las precisiones que necesito no tendrían razón de ser si Ud. estuviera siempre al lado nuestro. Pero hay que escribir con una visión de eternidad como si las personas que van a dirigir la Fraternidad no supieran nada».

«Tiene razón –me contesta– Cristo que está en este momento en medio de nosotros nos dará las luces que necesitamos. Es el espíritu lo que vale... No me gusta precisar. Hay tantas Órdenes religiosas, tantos Institutos

llenos de Bulas e indulgencias y reglas, y todo se viene abajo porque falta el espíritu. Ponga en relieve el espíritu, la entrega sin vuelta a Cristo, el amor, porque la caridad es la plenitud de la ley, y el resto vendrá solo».

«¿Ud. cree –le pregunto– que la Fraternidad ha llegado a su pleno desarrollo?».

«Muchas cosas vendrán después. Será un Capítulo fraternal, será un espíritu de penitencia llegando hasta una penitencia corporal, serán tantos medios para que el espíritu de Cristo crezca en nosotros. Créame sólo insinúelo».

«¿No cree, Ud. Padre –le pregunto nuevamente–, que se necesitará un control?...».

«¿Control? –me contesta– no me gusta esa palabra. Aquí no se trata de control sino de amor. No olvide nunca que no se puede ser dura con los otros. Si Dios la obliga a dar 7, no obligue a los demás a dar lo mismo. Mire a Cristo, no se canse de contemplarlo. Soy muy jesuita y una cosa he admirado siempre en San Ignacio es el de no haber confundido nunca los medios como si fueran fines, ni los fines propuestos como medios.

Lo que escriba debe de ser una cosa tan sencilla, que si mañana llegara N.N. y le dijera: ‘deseo entrar a la Fraternidad’, usted pudiera contestarle ‘Es sólo esto: una entrega total a Cristo’, pero no ponga cosas imposibles de realizar desde el primer día. Retenga, el espíritu es el amor, y este amor profundo a Dios trae la pobreza, la castidad, la obediencia, la humildad, y todo lo demás. Más tarde se podrá precisar más si es necesario.

Dele gracias a Dios de todo lo que le ha dado, Ud. tiene su parte de responsabilidad, yo la tengo más grande que Ud., y es en Cristo en quien debemos apoyarnos. Veo mi obra, veo el Hogar de Cristo, nació a pesar de mi bajeza porque Dios quiso servirse de mí. Nunca he tenido cosas extraordinarias, sin embargo recuerdo un sueño que tuve antes de mi viaje a Europa (1947-1948). Veía al Hogar de Cristo crecer en plenitud y madurez y no veía sotas a su alrededor sino laicos: hombres, mujeres, niñas, entregadas a la perfección y sosteniendo el Hogar. Desperté con una gran paz y una inmensa alegría que duró mucho. En Europa busqué entonces lo que había visto en mi sueño. Las Fraternidades que existían no eran lo que había soñado... Y ahora está realizado.

Tengo que despedirme, llame al Hermano que espera afuera». Seguramente una nueva molestia intestinal. ¿No me había dicho antes: «Es una Cruz muy pesada, que me ha dado el Señor?». Caigo de rodillas para recibir su bendición. Es una gran cruz que traza sobre mí y me parece que su voz subraya: «et maneat semper» [y permanezca para siempre].

12 de julio. Último día del Triduo por el Padre en San Ignacio. El Padre está muy mal. La cortizona a dosis de 100 mg. no es ya suficiente. Tiene de nuevo fiebre, vómitos, diarrea, flebitis en las dos piernas. Se dobló entonces la dosis; la fiebre cae, puede dormir un poco, pero es un cuerpo que reacciona con el chicotazo de los remedios, pero sus días están contados. En San Ignacio se ruega con fervor; el Padre Alvarado antes de la

bendición, da noticias del Padre, agradeciendo en nombre de la Compañía y en nombre del Padre Hurtado las oraciones y el afecto que todos han demostrado; la voz se le enronquece y las lágrimas le corren; no parece un P. Rector sino un pobre niño abandonado. El P. Lavín, arrodillado frente al Santísimo, está desencajado.

20 de julio. El Padre vuelve a tener otro infarto; flebitis; el abdomen está lleno de líquido, la boca seca. A la religiosa a quien le pregunto por su estado me dice: «*Es un atadito en su cama, debe de sufrir mucho, pero no se queja*». Está muy pálido. En la noche Ricardo me dice: «*Da pena verlo sufrir tanto, sin embargo no ha olvidado de mandarte un saludo*».

21 de julio. El calvario continúa. Después de una noche más o menos tranquila con el 'Sedol', el día comienza con el despertar de todos sus dolores. Los labios partidos, la boca seca, llena de aftas y musgos, el esófago rígido como si fuera de cartón lo que le impide tragar los alimentos, el infarto en el pulmón derecho con un dolor tan agudo que el roce del pijama le resulta intolerable. Los dolores en el vientre hinchado y lleno de líquido, las piernas hinchadas a presión que pueden reventar, los brazos -según su expresión- «*como un colador con las inyecciones*».

El alimento que debo enviarle debe ser sólo líquido. No se queja; ya no puede sonreír pero está según dice en una gran paz.

En la noche está peor. Nuevo infarto. Ricardo lo encuentra encogido hecho un nudo sobre el costado.



«Padre, le dice, le traigo una buena noticia». Es una carta de R.J. La abre, pero no puede leerla.

«Ricardo, léamela». La lee lentamente. R.J. le anuncia su entrada a la Fraternidad. Se conmueve.

«Esperaba esto. Bendito sea Dios, alabado sea Dios». Dice estas palabras de una manera tan profunda que su pobre cara enflaquecida se tuerce en una mueca.

«Padre, le dice Ricardo, puede estar tranquilo, su obra es sólida; todo lo que había imaginado se ha realizado».

«Sí, es la obra de Dios, es por eso que ha crecido; pero estoy como un neumático roto lleno de rajaduras, y el Dr. Armas no se da por vencido y quiere seguir batallando. Pero estoy en las manos de Dios, que se haga su voluntad». Queda largo rato silencioso. «Padre, le digo, su Fraternidad va creciendo, ya tiene 20 miembros».

«Sí, se desarrollará y será una cruzada de amor y respeto al pobre. Que Dios los bendiga». Ricardo le anuncia la entrada de B. a la Fraternidad.

«Dios mío me colmas, Bendito seas». Ricardo se despide. No quisiera salir de la pieza, oírlo sin cansarse y comprobar que la santidad existe al alcance de su mano.

23 de julio. Ayer el Padre tuvo un día más tranquilo. El Padre recibió esta mañana a R.J.; pidió que yo fuera también. Lo encuentro sentado en su cama con más fuerzas que el viernes pasado. (Ayer hubo una junta de médicos. Todos estuvieron de acuerdo que no había nada que hacer). Nos bendice antes de partir y nos tiende la mano, una mano enflaquecida.

25 de julio. El Padre ha sabido que está desahuciado. El P. Alvarado tuvo la dura tarea de anunciárselo. Quiere despedirse de todos. Me avisan para que vaya. Me recibe. Sin afeitarse su cara se ve más chupada aún. Con su buena sonrisa me tiende la mano y me dice: «¿Ya lo sabe?...».

«Padre, le contesto, hace dos meses que lo sabía».

«¡Mire Marta cómo no estar contento! ¡Cómo no estar agradecido con Dios! ¡Qué fino es! Todas mis obras han prosperado; en lugar de una muerte violenta me manda una larga enfermedad para que pueda prepararme; no me da dolores (sic), me mantiene mi cabeza para que, pueda arreglar tantos asuntos; me da el gusto de ver a tantos amigos, de verlos a todos. Verdaderamente Dios ha sido para mí un Padre cariñoso, el mejor de los padres».

«Padre, le digo, a pesar de su estado no pierdo las esperanzas de verlo bien; ¡hace tanta falta!».

«Estamos en las manos de Dios Marta. Esa es la gran ciencia, estar a fondo en las manos de Dios... pero somos tan tontos que no aprendemos nunca a entregarnos completamente. Ahora estoy enteramente en sus manos ¡y por eso estoy tan feliz!».

«¿Cómo, anda su devoción a la Virgen? La Virgen es la Mamita: Ámela con toda el alma, es la madre de Cristo y la dispensadora de todas las gracias. Entréguese a ella para que la guíe hacia Dios, siéntase una niñita a su lado. Es nuestra Madre».

«Que la Fraternidad sea la llama del Hogar de Cristo. Preocúpese que haya respeto al pobre: sus camas,

que no falten cucharas, platos, etc. Trabajen por la dignidad del pobre, es Cristo a quien sirven. Que haya en el Hogar contacto con el pobre, vayan a Chorrillos, busquen al pobre con amor y respeto... Que no se desvirtúe esa llama de caridad del Hogar de Cristo para convertirse en una caridad fría».

«Padre—le digo—, tengo confianza, el Hogar es una obra de Dios, y mientras no nos alejemos de Él, al Hogar no le faltará nada y será una caridad viviente».

«Bendito sea Dios; alabado sea Dios. Mi alma salta de gozo porque voy a Él, Él es mi Padre, ¡qué puedo temer!». «Cómo comprendo, Padre, su felicidad. Le aseguro, que el movimiento espontáneo al partir Ud., será el entonar el 'Magnificat' del fondo del corazón».

«Qué bueno, no estaré sólo para entonarlo en la hora del encuentro».

26 de julio. Día de Santa Ana, madre del Padre Hurtado. El Padre Alvarado nos anuncia que podemos ir a la misa del Padre. De nuevo estamos todos reunidos a las 6:30 de la mañana en la Clínica de la Universidad. Qué alegría, y al mismo tiempo qué pena, porque el Padre nos quiere ver a todas porque quiere despedirse.

Misa profundamente vivida. La misa se desarrolla lentamente pero para mí se me ocurre una carrera, tanto desearía prolongar esos instantes. Después de la acción de gracias el Padre nos llama. Una por una nos tiende la mano como si esto fuera una gran cosa para él; la pieza está llena: El Padre llora, en silencio, mientras nos contempla:

«Quería agradecerles a todas Uds. lo que han hecho por Dios, por el Hogar, por mí; en estos años que hemos trabajado juntos. Hemos visto muchos milagros en el Hogar de Cristo.

El Hogar nació y se ha desarrollado por la providencia de Dios, pero el milagro más grande es la unión, el lazo de caridad que ha existido entre Uds. Que aumente la caridad en Uds. Que Cristo crezca en cada una de Uds. y estén atentas –se lo decía ayer al Padre Balmaceda–, que las construcciones, los proyectos que tengan, para mejorar la suerte de los pobres, no aminoren lo que hay que hacer hoy. Que los detalles para dignificar al pobre sea lo más importante; que Cristo tenga menos hambre, menos sed, que esté más cubierto gracias a Uds. Sí, que Cristo ande menos pililo, puesto que el pobre es Cristo. Que Dios las bendiga».

«Deben perdonarme, estoy tan llorón, pero me emocio cuando veo a las personas que quiero y Uds. están muy cerquita de mí. Cuánto les agradezco que hayan venido.

Otros años no me he atrevido a pedirles que se reunieran en una misa por mi madre para no molestarlas; pero este año la mamá ha estado bien festejada con la asistencia a la misa y comunión de todas Uds., y con una misa de la Asich y oficiada por Manuel Larraín. Hoy día para ella es una gran fiesta. Dios las bendiga, ¡Dios las bendiga!». Caían sus lágrimas mientras nos hablaba. «No será la última vez que las vea, le he pedido al Padre Balmaceda que reúna a todos los del Hogar un día (el lunes 28 a las 9). Quiero verlos a todos».

Al cabo de un momento oigo de nuevo la voz del Padre. Me parece que pedía a Dios la fuerza para que siguiéramos en nuestros buenos propósitos, que Dios nos bendiga y nos llene de su amor. Pero no estoy muy segura de lo que anoto... Mi pobre padre espiritual llora como un niño y con una voz que tiembla... levanta sus manos al cielo mientras dice: «*Benedictio Dei omnipotentis*» [*la bendición de Dios omnipotente*].

29 de julio. El Padre nos esperaba a Ricardo y a mí para oír su misa. Después de la acción de gracias el Padre nos pidió que entrásemos a la pieza. Hace que cierren la puerta para estar tranquilos. Nos hizo arrodillarnos al lado de su cama para entregarnos a Cristo. El Padre nos bendijo lentamente y nos dijo que los votos de Ricardo eran la semilla de la Fraternidad de hombres. Que muchos matrimonios vendrían para entregarse juntos a Cristo en el Hogar y que su corazón estallaba de alegría.

«*Bendito sea Dios. Qué gracia tan grande es la que manda hoy el Patrón; qué gracias tan grandes me ha dado a mí; es para cantar el 'Magnificat'*». Después uno necesitaba silencio pero llegó el desayuno y le ayudamos a que se lo tomara. Ricardo al despedirse le besó la mano.

30 de julio. Hoy el padre está muy débil.

2 de agosto. Acabo de ver al Padre. Visita interrumpida a cada rato con la visita de los médicos. El Padre se apaga lentamente, pero me recibe con la sonrisa acostumbrada.

«*Dios la toma en serio, me dice, y no la trata como una niña. Entréguese en las manos, de Dios; no olvide*



que Dios pide la perfección, que es un Dios celoso que aparta todo lo que no es Él. Pero es también Padre y no le faltará el apoyo para seguir adelante. Pida como Newman, la luz para dar el paso, nada más que el paso, y no se violente mucho. Póngase delante de Dios como un perrito... 'aquí estoy Señor', y mírelo y déjese mirar por Dios con toda humildad y abandono: Vendrán temporales grandes, acuérdesse de lo que le digo hoy, y por sobre todo paz, paz, paz».

«Dios la quiere para sí. Entréguese, no tenga miedo. Es nuestro Padre, piense lo que dice San Juan: 'Dios es Amor': Déjese invadir, aunque en la noche de la fe no vea nada. Recuerde el 'Adoro te Devote'. El Padre Damián me decía el otro día una cosa muy sencilla: '¿Ud. quiere santificarse Alberto?... Dios lo desea más. Ud. quiere poseerlo, Él lo desea aún más. Ud. desea amarlo, Dios lo ama infinitamente más'». Mi pobre Padre se está apagando. Su comida es más sencilla. Sus dolores aumentan.

7 de agosto. Día del Padre. El Padre Lavín nos avisa que el Primer Viernes podremos asistir a su misa. Pero qué susto tenía que no llegara a ese día. Estos días ha tenido fiebre, asfixia: anteayer creíamos que sería el fin. Quedamos en el hospital hasta después de media noche cuando reaccionó un poco. Ayer de nuevo tuvo otro shock. Nos quedamos con Ricardo cerca de su pieza hasta que se quedó dormido después de haberle puesto oxígeno.

Esta mañana todo el mundo llegó a su misa a las 6:30 de la mañana. La dijo el Padre Lavín. Un ramo de

rosas y claveles estaba en su pieza, enviado por la Fraternidad. Un jardín -según el Padre Hurtado- para alegrar su pieza de enfermo. Después de la misa nos llamó: *«No tengo cómo agradecerles todo el cariño que me han manifestado. ¡Dios se lo pague! Voy a darles una bendición con toda mi alma, no solamente para Uds., sino también para todos sus seres queridos y sus intenciones. 'Benedictio Deo omnipotentis...'»* [la bendición de Dios omnipotente]. No termina nunca de hacer el signo de la cruz sobre nosotros.

Ayer le traje las fotografías de las construcciones del Hogar, (el de adolescentes, donde está actualmente viviendas). Cuando vio el frontis del Hogar dijo:

«Qué gusto de ver el Hogar de nuevo». Tomó la foto y donde decía Cristo, la besó.

«Padre, es su Hogar...».

«¡Mío, no! de Cristo, de Cristo».

«Por eso es suyo, Padre, porque es de Cristo».

Sonrió.

«Nunca he tenido hijos menos míos que el Hogar y la Fraternidad. Uds. (Monique y Elsa estaban conmigo) que lo han presenciado, saben que yo no hice nada. Es el Patrón que habló a través mío. Soy un simple instrumento».

Se le caen las lágrimas... *«de alegría»*, dice, al ver las fotografías. Luego tengo que explicarle con detalles cada muralla de la construcción. *«Tengo que darme cuenta cabal de todo, dice. Estoy tan feliz que las vería sin anteojos»*. Elsa le limpia los anteojos.

Después de haberlas visto todas y vuelto a ver, me las devuelve. «No, Padre, son tuyas».

«Qué bueno, podré verlas y volverlas a ver durante el día. Mire Monique, este Poli... se debe a Ud. y a Raquel Pellegrini, yo no había pensado... Muchas gracias por el gusto que me han dado, qué bien voy a ver todo esto desde arriba». Nos da su bendición. Lo veremos a través de los años, en su cama de enfermo, levantando su mano sin cansarse para bendecirnos. «Esta bendición que les doy, es una bendición 'a chorros'». Cada despedida es un adiós, un 'a Dios', porque lo entregamos entre sus manos por toda la eternidad.

10 de agosto. El 8, el 9 y hoy he visto al Padre. El 8 fui a preguntar cómo estaba, me hizo entrar para preguntarme por mi hermana Pauline que está tan grave. Está pletórico de alegría aunque se siente muy cansado... Ayer me llamó para preguntarme de nuevo por ella; cada vez que despierta es para rezar por ella. Vio a mis niños, a Ricardo. Estoy casi contenta de verlo tan bien.

Su voz, su mirada es la de antes. Esto dura un minuto, pero hace bien verlo así. Hoy me llama para que se hable de la Fraternidad a todo el mundo en estos términos: «El Hogar de Cristo es la entrega a Dios en el pobre, buscar y ver en el pobre a Cristo; pero dentro del mismo Hogar hay un grupo en el cual la entrega es más profunda; fijada por votos que siguen los consejos evangélicos. A este grupo pueden entrar todos los que sienten que Dios les pide algo más serio y más total, pero no es obligatorio, sino que depende de lo que Cristo pide a cada cual. El no entrar no significa que no se pertenezca

de igual manera al Hogar y que no se le sirva con igual cariño y abnegación a los pobres. La Fraternidad tiene un Capellán y un responsable al cual se le dirigen las peticiones para entrar. No dar mayores detalles».

«En cuanto a Ud., pídale a Dios que quemé todo lo que no es de Él. Toda nuestra basura sirve para ser quemada... Ud. desea ser santa... Pues Dios lo desea mucho más que Ud. Tenga, una gran devoción a la Santísima Virgen, es la Madre del Verbo. Su 'FIAT' nos dio a Cristo (cf. Lc 1,38). Por ella pasan todas las gracias. Pídale que le enseñe a quererla. Rece el 'Anima Christi' [Alma de Cristo]. Yo me quedo atascado siempre en la primera frase. Pídale a Cristo que la santifique a su contacto». Me habla después de Ricardo: «Dios lo ha tomado para sí. ¡Cómo ejerce la caridad! Es Cristo que trabaja en él». Recuerda P.E. «Cómo trabaja allí la gracia; va a llegar muy lejos... Que Dios la bendiga y la santifique».

13 de agosto. El Padre me había dicho ayer que viniera hoy en la mañana a verle para planear la Revista de Navidad del Hogar de Cristo. Llegué a la hora fijada, pero el Padre se sentía demasiado mal y le estaban haciendo transfusión de sangre. Dijo que volviera a las 5; tuve que esperar bastante porque trataba con gran esfuerzo de tomarse su té.

Cuando le vi estaba mejor. Con la claridad acostumbrada me pidió centrar el número en las niñas vagas, casi no tocando otros aspectos de la labor del Hogar para no disminuir el impacto deseado... Habla después del Hogar y le pregunto:

«Padre, en el futuro ¿piensa Ud. solamente en una unidad Hogar de Cristo en Santiago o mantiene su idea principal de Hogares de Cristo en los diferentes barrios?».

«Indudablemente. Después de terminar la unidad de Chorrillos, hogares en provincia: Concepción, Valparaíso, Antofagasta y también en diferentes barrios de Santiago. Para ello, propaganda en provincia, para crear UN CLIMA DE CARIDAD EN TODO CHILE. Que todos tengan un contacto directo con el pobre y no solamente la Fraternidad».

Recuerdo la frase de Tito Subercaseaux: «El Padre está tan santo pero no se santifica solo, nos santifica con su contacto».

15 de agosto [día de la Asunción de la Virgen María al cielo]. Hoy el Padre ha estado muy mal. No sujeta nada en el estómago. Es ya un estado final.

Como a las 11 llega Ricardo y le hace una transfusión y le pone una inyección de *cardaisol*. Anuncian que nadie puede entrar a la pieza del Padre, pero a mí me llama; llego a sentirme mal.

«Marta, qué gusto de volverla a ver». Qué terrible aspecto que tiene. Tomo su mano con el cariño de hija, de hermana mayor:

«La Santísima Virgen vendrá quizás más tarde a buscarme. La espero. [Estoy como pasajero en el andén, con las maletas listas, y el tren no pasa]».

En el silencio de la pieza se siente el ruido de la sangre en la ampolla. No oí bien luego lo que me dijo. No sé si dijo: «La confío a San Ignacio» ó: «Será hija de

no u vame sale por el P. Alvarado que
no tiene remedio - al hilo a ruitar
duea " como no estan contentos, como no
estan agradecido con Dios .. Que fino a
todas mis oras han prosperado ; en
lugar de una muerte violenta me
manda una larga enfermedad
para que pueda prepararme - no
me da dolores (sic) me mantiene
con calma para que pueda arreglar
tantos asuntos ; Me da el gusto de
ver a tantos amigos, de rulos a tod
verdaderamente Dios ha sido para
mi un Padre cariñoso, el mejor de
los padres - " " Estamos en las manos
de Dios . Ha es la gran siembra esta
a fondo en las manos de Dios .. per
sonas son tonto que no aprenden
nunca a endugarnos completamente
ahora estoy completamente en sus
manos por eso soy muy feliz "

- - - " Preocupense que haya respeto
al pobre : sus carnas, que no faltan

San Ignacio», pero cerró los ojos mientras lloraba. Me quedé de pie al lado de su cama.

El Padre me hizo abrir el velador y sacar un paquete que había dentro. Quiso abrirlo, yo le ayudé, puesto que el otro brazo estaba inmovilizado con la transfusión. Sacó un crucifijo, lo besó y me lo entregó. *«Ésto es para Ud. Marta, me lo trajo Sarita Ossa, tiene tierra de las catacumbas»*. A Ricardo le da un rosario de Lourdes que lo recibe llorando. Guardo el resto del paquete que contiene una reliquia. Tiemblo de pies a cabeza.

16 de agosto. Ricardo en el hospital hasta las 11 de la noche. No sé lo que me pasó, pero de repente se me ocurrió que el Padre no llegaría al martes y que se debía llamar al Padre Lavín que estaba en Chillán. Aunque Ricardo encontraba al Padre muy grave, no creía que el desenlace sería antes de cuatro o cinco días.

Cada cinco minutos volvía yo a la carga. Estando en la noche en el hospital, llegó Ramón Venegas, Ricardo le contó mi insistencia que encontraba un poco exagerada. Pero Ramón le contestó: *«creo que es más prudente, Marta tiene razón»*. Ricardo no se da por vencido, pero me mira fijamente mientras le digo: *«El P. Lavín partió confiado en que tú le avisarías a tiempo; además el Padre ha preguntado varias veces por su vuelta. ¿Crees tú que le puedes quitar este gusto de volverlo a ver?...»*. La batalla está ganada, a las 11 PM partimos a poner el telegrama en nombre del Padre Rector. Noche para nosotros muy agitada.

17 de agosto. Es domingo. A las 6:30 estamos de nuevo en el hospital para asistir a la misa del Padre. Me quedo afuera sabiendo que se siente muy mal, pero me hace entrar. Sí, es ahora el fin. Qué deshecho y qué pálido está. Es la última vez que lo veo, Ricardo antes de la misa le ha dado oxígeno y le ha puesto inyecciones para que pueda tragar algo del desayuno. Me toma la mano entre las suyas, me mira sonriendo mientras dice:

«*Qué gusto de verla. Que Dios siga bendiciéndola y santificándola*». Pasa unos segundos sin soltarme la mano. Luego me mira sonriendo y me dice:

«*Qué bueno es vivir Marta*».

«*Padre, le contesto, la verdadera vida va a comenzar ahora*».

«*No, me dice, la vida eterna comienza aquí abajo. 'Ésta es la vida eterna, conocerte a Ti, Padre, y al que Tú enviaste, Jesucristo'*».

Pensaba yo en la vida material, en la vida eterna, pero creo ahora que lo que el Padre quería decir era la vida divina que palpitaba en él, uno con Cristo... Es el sentido de: «*Qué bueno es vivir Martita*».

Le traen el desayuno. Con qué esfuerzo se le arregla. La taza de enfermo en forma de tetera es demasiado pesada para él. «*Tengo fuerzas de guagua*». Ricardo le da el té por cucharaditas.

No quiero mirarlo para que no se sienta observado. Miro a lo lejos la Cordillera, el día que se anuncia bello, el cielo que se abrirá para recibir a un santo.

La religiosa del piso, Madre Leonor, entra para decirle buenos días y preguntarle cómo se siente: «*Todavía vivo; madrecita, todavía vivo...*». Sí, todavía vivo y con fuerza para hacer sonreír aun a costa suya. El Padre ha terminado de tomar su media taza de té. Le dejamos para que descanse. «*Hasta luego, que Dios les pague*».

Afuera encontramos al P. Alvarado. Nos avisa que el P. Lavín ha recibido a tiempo el telegrama para tomar el tren de media noche y que en un momento más llegará al hospital. ¡Qué alivio!

Ricardo me va a dejar a casa y vuelve al hospital quedándose en la pieza del Padre toda la mañana. Llega a la hora de almuerzo. El Padre sigue muy mal, con vómitos. Es una peritonitis cancerosa. Será rápido, dos a tres días, en el mejor de los casos. Se le ha puesto una morfina para aliviarlo un poco. Ahora descansa.

A las 5 estamos de nuevo en el hospital. La noticia ha trascendido que el Padre está muy mal. La radio ha hablado. Es mucha la gente que encontramos frente a su puerta. Me instalo en la pieza de los médicos con un libro que me sirve para aislarme de los demás.

Están todos los más íntimos y como niños buscan un apoyo. A las 9:30 volvemos corriendo a casa a comer algo. A las 10 ya estamos en camino al hospital. Es su última noche. En el corredor, cerca de su puerta entreabierta, siento el trajín de Ricardo, el esfuerzo por vomitar, la sed, el hielo que se le trae. Se le da oxígeno de nuevo, y se le pone una inyección para que su noche no sea muy agitada.

Media noche. La inyección ha hecho su efecto. El Padre descansa ahora. Quizás tendrán necesidad de nosotros más tarde. Volvemos a casa.

18 de agosto. A las 5:30 Ricardo comienza a levantarse. Media hora más tarde suena el teléfono, es el Dr. Cubillos que dice que el Padre está muy mal. Dos cafeínas, dos suprarrenal, dos adrenalinas, es la orden de Ricardo. Hay que hacer posible su última comunión.

A la carrera llegamos al hospital, la misa ha comenzado antes de la hora. Llega el momento de comulgar. El pequeño pedazo de hostia es difícil de tragar. Terminada la misa, el P. Tascón, padre dominico, está allí, y le pregunto si va a decir misa. *«No, me contesta, porque se ha ido ya el Hermano que debía ayudarme y el rito es diferente»*. Le muestro mi misal dominico, *«contestaré lo mejor que pueda»*. Así el Padre tiene dos misas el último día de su vida.

Pero las inyecciones han dejado ya de hacer su efecto y vuelve a caer el Padre en vómitos y la asfixia. Se cierra la puerta de su pieza mientras que sigue la misa. Terminada ésta, el Padre le pide su bendición al P. Tascón *«para este miserable pecador»*. Ricardo va a dejar al P. Tascón a su convento y yo, por las cosas indispensables de la casa. Cuando llego a las 11, el Padre ha entrado en agonía. Sus manos están moradas y se está enfriando. Ricardo está a su lado.

Sus hermanos jesuitas rodean su cama, y yo con mis piernas que tiemblan espero en el corredor en medio de caras conocidas y desconocidas.

El P. Alvarado se me acerca y me dice:

«¿Lo ha visto?».

«No, Padre, desde ayer».

«*Acérquese*».

Abre la puerta y cerca del umbral veo semi sentado al Padre, con los ojos cerrados y llenos de lágrimas. Respira, con un ronquido que da pena. El Padre Alvarado cierra la puerta y vuelvo a mi rincón en el corredor. Las horas pasan lentamente. Los médicos entran y salen de su pieza, sacerdotes, amigos íntimos.

Subo un rato a la Capilla, luego bajo. El P. Fernández Pradel está almorzando. Conversamos. Él, reviviendo viejos recuerdos, con una sonrisa de niño, que pone un poco de orden en mi cabeza. Vuelvo al corredor.

El P. Alvarado sale de la pieza del Padre, son cerca de las 2 de la tarde y se espera que dure todo el día. Nos empuja a que vayamos a almorzar a casa. No tengo hambre, no me movería de allí. «*Le prometo que les avisaré si hay un cambio, vayan en paz*». Pero hay otros enfermos que debe ver Ricardo, al fin llegamos a casa y mientras tragamos algo, se llama por teléfono a la Secretaría, a los viejos cuartos del Hogar para avisarles. Es un deber de caridad.

Llegamos al Hospital. Ya se han dicho las oraciones para los agonizantes. Se nos quiso avisar, pero el teléfono estaba ocupado. Entramos a la pieza del Padre. La boca abierta, la respiración como un silbido, nuestro pobre Padre parece un niño abandonado. Dos cirios están prendidos sobre su velador. Sus Superiores, sus hermanos,



rodean su cama. El P. Balmaceda seca sus lágrimas. Salimos de la pieza y subimos a la Capilla con un grupo de la Fraternidad. No sé lo que pensé en ese momento.

Veo el sol tibio de agosto, mis hermanas que subían y bajaban trayendo noticias. Se le puso una nueva inyección. Trajeron ya los ornamentos para revestirlo. No hay cambio. Se está apagando lentamente, como un cirio.

Las 5:00 horas, Elsa Maffei sube corriendo: «*apúrense, es el fin*». 5:02 horas, llegamos a su puerta. Se nos empuja para que podamos entrar, el corredor, la pieza, todo está lleno, pero nos hacen un hueco. El P. Balmaceda sostiene la mandíbula con un pañuelo; una última lágrima brilla en el rincón del ojo izquierdo.

El silencio es impresionante. De repente, sollozos contenidos salen de muchas gargantas. Dios mío, es el momento de entonar el 'Magnificat' y mientras lo recito con toda el alma, me parece oír la voz del Padre que me dice: «*Qué bueno Marta, no estaré solo para entonarlo en el momento del encuentro*».

Dios mío, gracias por él; gracias por todas las gracias que recibió de Ti; gracias por tu Misericordia; gracias por todos los talentos que le diste; gracias por el amor que pusiste en su corazón; gracias por la caridad pletórica que entregó a su alrededor; gracias por su alma de apóstol; gracias por la Santidad que pusiste en su alma. Miro en su cara: tiene una cara de paz profunda.

El P. Provincial reza las oraciones de los difuntos. Después hay que arreglar al Padre, dejamos la pieza. Entre Ricardo y el P. Balmaceda lo vestirán y arreglarán.

El P. Alvarado avisa que cuando el Padre esté listo se le podrá ver. El P. Lavín dice que el Padre será trasladado casi inmediatamente a San Ignacio y será enterrado cerca de sus pobres en el Hogar de Cristo. Un inmenso murmullo se oye de toda esa gente que espera. Los del Hogar dicen: «*Qué bueno, lo tendremos entre nosotros*».

La puerta se abre, el Padre nos espera. Inmediatamente se forman filas que desfilan ante su cama, entran lentamente, tocan su rosario y salen. El Padre, con los ojos cerrados, las manos cruzadas sobre el crucifijo de sus votos, el gesto serio de las grandes ocasiones, reposa en paz. Pero ya se llama a la Fraternidad para que entren de nuevo para rezar el primer rosario. Todos de rodillas, el P. Provincial comienza el primer misterio glorioso... Es su Magnificat que brota ahora de todos los labios. Ante la muerte se canta este día lunes 18 de agosto de 1952, la Resurrección. Cada decena es recitada por un padre diferente: P. Lavín, P. Cox, P. Montes, uno después del otro, sus voces enronquecidas celebran los misterios gloriosos en honor de nuestro Padre. Las letanías de la Virgen siguen y después un gran silencio.

Pero ya lo vienen a buscar para llevarlo a San Ignacio. Ahora pertenece a todo el mundo. Esperamos afuera. Se le lleva en una camilla. Ya está la pieza vacía. Nada más tenemos que hacer aquí.

Partimos a San Ignacio. La iglesia está enlutada y lo espera con las puertas abiertas. Se ha arreglado un catafalco en terciopelo; demasiado grande y demasiado rico para él. No recuerdo quienes lo llevaron al interior de la iglesia. Pero cuando lo colocan en su lugar, se dan

cuenta que nadie podrá verlo porque está muy alto. Se juntan entonces dos bancos. Así me gusta, humilde como él lo habría elegido. Ahora está a la altura de la gente como en sus días de apóstol, cuando con su sonrisa característica recibía a todo el mundo.

Inmediatamente se forman filas que en pocos minutos llegan hasta la calle. Esto continúa durante dos días y parte de dos noches. Olas de personas que se acercan para murmurar una oración, para verlo por última vez, para agradecer su gran caridad.

Quiero también volverlo a ver. Me acerco. Está listo para decir su misa. Qué familiar es verlo así. Cruza siempre sus manos sobre el pecho, enlazadas en su crucifijo, pero sus labios se han entreabierto y sonrío; sus párpados cerrados tienen las arrugas propias de la sonrisa. Nuestro Padre tiene la expresión que siempre le hemos conocido.

Nos quedamos en la iglesia con Ricardo hasta la hora de comida, tragamos algo y volvemos a San Ignacio hasta las 23 horas en que cierran la iglesia.

19 de agosto. A las 5:30 de la mañana comienzan las misas. Antes de las 6:00 estamos de nuevo en la iglesia. Es una lluvia de misas. Cada altar está ocupado y antes que el sacerdote termine ya está otro sacerdote esperando para subir al altar, esto hasta pasado las 10 de la mañana.

Ricardo se va al hospital, después de comulgar en la primera misa. A las 7, el P. Alvarado comienza su misa, no con casulla negra, sino blanca, la misa de la



Virgen. Terminadas las misas quedan pocas personas en la iglesia. Hay que arreglar un poco al Padre. Se cierra la iglesia para abrir el cajón. Que alegría de verle cerca de nuevo. Varias lo arreglan.

El P. Alvarado me necesita: quiere que mande hacer un recordatorio del Padre, algo muy sencillo, su retrato, la fecha y la cita del Evangelio: *«Lo que hiciéreis al más pequeño de mis hermanos, a Mí me lo hacéis...»*. El P. Balmaceda nos pide a Mimí y a mí que consigamos cuerdas para tirar la carroza y que vayamos al regimiento a pedir permiso para que cuatro de nuestros niños que hacen el servicio militar puedan asistir a los funerales. Es solamente a las 12:30 que volvemos a la Iglesia.

Los padres van a almorzar y quedamos nosotros de guardia, mientras las cuentas del rosario pasan.

Almuerzo y luego una carrera loca a los diarios, radios, a la imprenta, para tener todo listo el mismo día. A las 8 P.M. estoy libre para estar un rato acompañando a nuestro Padre. Comida rápida, y luego con Ricardo en la iglesia hasta las 11:30, hora en que se cierra la iglesia.

Creo ser fuerte, pero cada vez que me acerco para verlo, quizás por última vez, dos torrentes de lágrimas nublan mis ojos. No lloro por él, ¿cómo podría estar triste cuando ahora está tan cerca de Dios?... Pero lloro por mí, por el Hogar, por la Asich, por tantas almas sedientas de verdad y de generosidad que buscarán un apoyo humano que las lleve a Cristo; lloro por los pobres, los abandonados, los prisioneros que han perdido un padre... Llora por Chile.

20 de agosto. Es todavía de noche cuando nos levantamos para la primera misa, el día de sus funerales. Comulgamos y volvemos a tomar el desayuno en nuestra casa. La misa de funerales es a las 8:30, pero hay que estar de vuelta a las 7:30 para ayudar en los últimos detalles y tener un lugar. Han reservado algunos bancos cerca de él para el Hogar de Cristo.

Comienza la misa. El canto gregoriano da todo el énfasis a las palabras. Manuel Larraín, terriblemente pálido celebra el Sacrificio y luego ¿cómo tiene la valentía de pronunciar la oración fúnebre por este hermano tan querido?

Ya son las últimas ocasiones, los responsos, ya se le lleva para afuera de la iglesia. La iglesia está bote a bote. Miro alrededor mío: el Hogar de Cristo. Entonces, tomo la iniciativa: *«sígueme, tenemos que estar a la cabeza del cortejo»*, y empujando un poco, pidiendo perdón, pronunciando las palabras mágicas: *«Déjenos pasar, somos del Hogar de Cristo»*, llegamos a la calle.

Veo a mucha gente que mira el cielo, pero pienso: es el eclipse (pero era la cruz que apareció en el cielo). Al fin llegamos a nuestro lugar, tomando un cordel para tirar la carroza en lugar de los caballos. Los obreros de la Asich tienen otra, y así, lentamente, el cortejo comienza a caminar entre los *'Pater Noster'* y las *'Ave Marías'* del rosario. Nunca he visto una multitud tan grande (12 cuadras), llenas hasta en las aceras de gente en oración, profundamente recogidas. Cuando se pasaba delante de una iglesia las campanas doblaban a muerto y sacerdotes revestidos rezaban responsos.

Cuarenta y tres cuerdas a pie recorrieron personas de toda condición social sin ninguna jerarquía: el gran señor al lado del mendigo; el joven al lado del viejo, la mujercita miserable con un niño en brazos al lado de altos dignatarios de la nación. La caridad del Padre Hurtado había borrado todas las diferencias sociales y echado abajo todas las barreras, y todos, codo a codo, lloraban a un Padre muy querido que con su sonrisa y su trabajo de apóstol había ayudado a muchos, porque Cristo estaba en él.

Ya llegamos a la calle Chorrillos. Veo a lo lejos el Hogar de Cristo. Los pobres esperan en silencio en la puerta del Hogar; las lágrimas corren silenciosas mientras el cortejo se detiene algunos segundos en la puerta de la casa de los pobres, la puerta que se abrió ampliamente por la caridad de Cristo que vivía en el Padre Hurtado; la puerta donde todos son hermanos; porque todos tienen el mismo Padre que está en los cielos.

El cortejo se encamina ahora a la parroquia de Jesús Obrero. Los últimos instantes han llegado. Hemos llegado a la puerta de la iglesia, ya lo transportan; los últimos discursos nos parecen un pálido reflejo de lo que todos sentimos. Un último responso... y todo termina.

Cuando la gente ya se ha ido, nos juntamos cerca de su tumba para orar un momento. Estamos en paz y alegría, pero la parte humana se debilita y un nudo en la garganta nos aprieta. Bendito sea Dios.

Marta Holley de Benavente.



Alberto con Manuel Larrain, en 1923.

Oración fúnebre

Mons. Manuel Larraín

Manuel Larraín (1900-1966) fue compañero de curso y el gran amigo de toda la vida de Alberto Hurtado. En su juventud, compartieron el llamado al sacerdocio: Alberto entró a la Compañía de Jesús, y Manuel al Seminario Pontificio, y durante todo su ministerio se mantuvieron estrechamente unidos.

En 1938 fue consagrado Obispo de Talca. Años después, participó activamente en el Concilio Vaticano II y en la creación de la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM), de la que fue Presidente desde 1964. Falleció en un accidente en 1966.

El 20 de Agosto de 1952, pronunció la prédica en el funeral de su querido amigo. A continuación, se presenta esta homilía. Es un texto de una fuerza conmovedora, son las palabras del amigo y fiel testigo de su vida. Aquí afirma que el Padre Alberto Hurtado fue *'una gran visita de Dios a nuestra patria'*.



Apóstol de Jesucristo

Eminentísimo Cardenal Primado, señores Ministros de Estado, Excelentísimo señor Nuncio Apostólico de Su Santidad, Excmos. Sres. Obispos, señores parlamentarios, señor Alcalde de Santiago, Reverendo Padre Provincial de la Compañía de Jesús, señoras, señores:

Un gran silencio, entrecortado sólo por la plegaria, era el único elogio que el Padre Hurtado ambicionara. Un gran silencio, donde esconder un gran dolor, hubiera sido lo único que el gran amigo de toda una existencia en estos instantes deseara. Y, sin embargo, es necesario hablar para destacar más allá de la muerte su figura de apóstol. Hablar, para escuchar más allá de los lindes del tiempo su imperecedera lección.

Hay que decir en palabras lo que murmuran las lágrimas. Hay que concretar en reglas de vida lo que proclaman sus obras.

Si calláramos, *«lapides clamabunt»*, las piedras clamarían.

Si silenciáramos su lección, desconoceríamos el tiempo de una gran visita de Dios a nuestra patria.

Y, sin embargo, ¡cuán difícil, por no decir imposible, es el encerrar en el estrecho marco de estas palabras la múltiple y rica personalidad del Padre Alberto Hurtado!

¿Cómo vamos, siquiera a enumerar sus variadas obras, capaz cada una de ellas de llenar la vida de un hombre? ¿Y cómo vamos, pálidamente, a esbozar la hondura de su pensar, la amplitud de su querer, la lucha de su perseverar y el heroísmo de su sufrir? Y, sobre todo, ¿quién podrá transmitir a las mezquinas palabras humanas el fuego devorador que alumbró y consumió su vida?

Para condensar todas estas variadas facetas en una sola luz, no he hallado otro pensamiento mejor que lo sintetice que la palabra con que el mismo San Pablo se designa «*Apostolus Jesu Christi*», Apóstol de Jesucristo. En ella se encierra la rica y breve vida del Padre Hurtado en la tierra. Ella constituye, en la muerte, su mejor elogio, así como también ella es ya su corona en la «*Apostolus gloria Christi*», el Apóstol es gloria de Cristo.

El Padre Alberto Hurtado tenía ciertamente todas las características de esos hombres que Dios suscita, para ser en cada época los enviados que testimonian la trascendencia de lo eterno y captan, para orientarlas, las angustias y las inquietudes de su generación.

El apóstol es el hombre que toma conciencia de su misión divina y se entrega a ella sin límite. Es el que da la vida, el que se juega la vida, el que sabe que la vida vale en la misma medida del amor que la alienta e inspira.

Por eso hay, también, en el apóstol genuino los rasgos del profeta.

Mientras el mundo se apega a lo que pasa, el apóstol clama la trascendencia de las cosas de Dios.

Mientras «*la fascinación de la bagatela*» (*fascinatio nugacitatis*) oscurece los bienes, el apóstol abre las perspectivas infinitas del reino del espíritu.

Mientras las convenciones, el egoísmo y los prejuicios humanos encadenan, el apóstol hace resonar oportuna e inoportunamente la verdad de Dios, que libera.

Mientras la codicia pone sed de oro, de sensualidad, de goce, y la ambición de gloria vana, el Apóstol señala las fuentes de aguas vivas que saltan hacia la vida eterna.

Mientras los hombres tratan de empequeñecer y apropiarse del mensaje evangélico, el apóstol reivindica: el «*verbum Dei non est alligatum*», no se puede amarrar con lazos de carne la palabra de Dios.

Por eso, el apóstol es, sobre todo, el hombre del amor: el que no da su corazón a nadie, para ofrecerlo a todos; el que se olvida de sí mismo para ofrecerse a los demás; el que cada dolor lo hace suyo y cada gemido humano encuentra un eco en su corazón: El apóstol es el hombre que bajo el amor del Padre de los Cielos, realiza, en el amor universal de sus hermanos, el hondo sentido cristiano de la fraternidad. El apóstol es un cáliz que rebosa caridad.

Y ésa fue la vida del Padre Alberto Hurtado.

Para comprenderla, debemos remontarnos a sus raíces, sobre su niñez y adolescencia, contemplar la figura admirable de una madre cristiana. Ni su viudez temprana,

ni graves dificultades económicas, pudieron en esa mujer fuerte apartarla de su doble misión: la educación de sus hijos y el sentido de su deber social.

Fue junto a ella, en su labor en el Patronato de San Antonio, donde el Padre Hurtado comenzó a comprender el terrible peso del mandamiento supremo: «*Y amarás al prójimo como a ti mismo, por amor de Dios*». Fue en esa escuela donde el apóstol del mañana halló el sentido del pobre, que iluminó más tarde su vida.

Ella lo acompañó en su adolescencia y lo orientó en su vida. Ella lo cedió generosa, cuando el Señor lo solicitó. Cumplida su misión de madre cristiana y formadora del apóstol, ella lo precedió en la peregrinación eterna. Y el Padre Hurtado pagó con esa fidelidad tan suya el sentido apostólico que su madre le imprimiera.

Frente a su lecho de enfermo, dos fotografías acompañaron su postrera inmolación: la de su Madre del cielo, en su cuadro que adorna este altar, la Virgen de nuestra infancia y de nuestra Primera Comuni3n, y la de su madre de la tierra, que le enseñara a amar a la del cielo.

Ap3stol lo fue desde su juventud. Era un ni3o de 14 a3os y ya sentía el llamado de la miseria espiritual y material de los suburbios del Santiago de entonces. Patronato de San Jos3, Patronato de Andacollo, Conferencia de San Vicente, sabían de un joven que comenzaba a mirar la vida a la luz del dolor de sus hermanos, y cuya línea de felicidad pasaba por donde está el mayor sufrimiento de los demás.

Cuando la hora de las inquietudes del adolescente llega, cuando ante la mente del joven se diseña la pregunta decisiva: ¿qué orientación dar a su vida?, la respuesta generosa de Alberto Hurtado está ya dada: será sacerdote, para así consagrarse a sus hermanos; y su ideal apostólico se encauzará en el ideal de la Compañía de Jesús.

Pero el Señor quiere que esta vocación se pruebe. Su madre necesita de su ayuda y el ideal de la vida religiosa parece aún lejano. No importa, será apóstol en el ambiente donde Dios lo retiene. Aulas de Derecho de la Universidad Católica, ambiente del Regimiento Yungay, donde cumple su servicio militar, círculos y actividades de la inolvidable ANEC, Congregación Mariana de San Ignacio, verán al joven tan alegre en su sonrisa, tan viril en su piedad, tan ejemplar en sus actitudes, que sólo Dios y nuestra generación sabemos lo que representó en nuestra vida de muchachos el ejemplo íntegro, el consejo prudente, la vibración apostólica de Alberto Hurtado.

Yo sé que en estos momentos muchos de esos viejos compañeros y amigos escuchan estas palabras, y con los ojos velados ven, a través de los años, como un signo de luz, la figura ejemplar del amigo ido.

La mano de la Providencia ha permitido que sus sueños apostólicos comiencen a verse realizados. Y un 14 de agosto de 1923 marcha al noviciado de la Compañía en Chillán.

Años largos y difíciles. Lejanía de la patria, nostalgia cariñosa de la madre buena que allá espera.



Córdoba de Argentina, Barcelona, Lovaina, todo eso no es sino un estímulo que espolea más fuerte el corazón del apóstol que allí se forja.

Esos doce años de plegarias y de estudio, de disciplina fuerte y de hondo anhelar, tienen para el Padre un solo nombre y un solo significado: «*el crisol donde se forja un Apóstol*».

Y fue hace cinco años que personalmente recogí del que fuera su superior en Lovaina y hoy Reverendísimo Padre General de la Compañía, este testimonio simple y grande: «*En mis largos años de Superior no he visto pasar junto a mí un alma de mayor irradiación apostólica que la del Padre Hurtado*».

Y el momento tantas veces anhelado llegó por fin.

El apóstol viene a dar en plenitud lo que llena su alma. Y de esa múltiple labor, todos, en una forma u otra, hemos sido los testigos.

¿Quién podrá resumirla y quién podrá contarla?

Dante, al hablar de Francisco de Asís, sólo pudo decir: «*La cui mirabil vita meglio in gloria del ciel si conterebbe*» [*su vida admirable se describiría mejor en la gloria del cielo*].

También del Padre Hurtado podemos exclamar algo semejante.

Dieciséis años de labor apostólica que abarca todos los campos, que llena todo Chile y trasciende sus fronteras, y que tiene, como inmediatamente diremos, el sentido de una imperecedera lección y de un urgente llamado.

Dieciséis años. Cifra tan corta en número y tan rica en contenido. Ella nos entrega la fórmula que condensa su vida: «*Apostolus Jesu Christi*», Apóstol de Jesucristo.

Ante esa vida nos detenemos hoy a meditar.

La primera lección que ahí encontramos es el sano realismo que la fundamenta.

Él sabe que es portador de un mensaje eterno que hay que entregar en el tiempo. Dispensador de una vida divina que hay que dar a los hombres. Y, en consecuencia, hay que conocer ese tiempo y esos hombres.

El Padre ha meditado muchas veces la palabra de Jesús en San Mateo: «*Se le acercaron los fariseos y saduceos para tentarle y le rogaron que les mostrara una señal del cielo. Él respondiéndoles, les dijo: 'Por la tarde, decís hará buen tiempo, si el cielo está arbolado; y a la mañana, hoy habrá tempestad, si en el cielo hay arreboles oscuros. Sabéis discernir las señales de los tiempos nuevos'*».

Y no quiso que para los católicos de Chile pudiera aplicarse el reproche de Jesús de «*no saber discernir las señales de los tiempos nuevos*». Quiso, en cambio, que su acción fuera tanto más realista cuanto más alto era su ideal. Y que para ello se penetraran de la gravedad de los tiempos que vivimos, se enfrentaran al hecho de nuestra paganización creciente y sacaran de ahí, en forma viva y apremiante, la conciencia de su dolor apostólico. Y fruto de este realismo apostólico fue su trascendental libro *¿Es Chile un país católico?* El título y la tesis tenían que chocar.

¡Es tan dulce dormirse sobre la ilusión de una cifra estadística! Es tan fácil excusarse de la acción profunda, diciendo: «¡Chile es un país católico!». ¡Es tan cómodo abandonar los problemas vitales de la Iglesia que exigen sacrificio constante y reemplazarlo por unas cuantas manifestaciones bullangueras! Pero el apóstol de verdad ha sido puesto como «*dardo agudo*» que se clava en las carnes dormidas, como vigía que rompe con su grito estridente el silencio cómplice de la noche. Y, pese a las incomprendiones y a las críticas, el libro quedó como una interrogante angustiada que golpea, urgiendo, las conciencias cristianas: *¿Es Chile un país católico?*

Si un gran examen de conciencia comienza hoy a hacerse entre los católicos chilenos, si la distinción entre lo vital y lo aparentemente cristiano va penetrando en muchos espíritus, si la necesidad de una acción profunda que nace de una vida íntegramente vivida se hace sentir más fuertemente, si, en una palabra, nuestra acción se basa en realidades que no por amargas dejan de ser realidades, tendremos en el futuro que señalar la audacia de un apóstol que, con magnífica libertad, dijo fuerte lo que su mente veía, y supo de esa misma realidad sacar las normas de la acción.

El libro del Padre Hurtado marca una etapa decisiva en la historia de nuestro apostolado chileno.

Y porque era realista, su mirada debió dirigirse hacia las necesidades vitales y primordiales de una Iglesia: las vocaciones. Una Iglesia que no da el número de vocaciones sacerdotales y religiosas que requiere está enferma en sus raíces. El avanzar cristiano es interno y, si

faltan los órganos generadores de esa vida, esa Iglesia está fatalmente condenada a decaer.

Y él, que supo dar a su vida la inmensa llama apostólica que lo consumió, supo también encenderla en otras almas juveniles. Como el poeta de la antigüedad clásica, el Padre Hurtado pudo repetir su célebre verso: «*Sicut cursores, vitae lampades tradunt*». «*Como corredores que se transmiten las lámparas de la vida*».

«*El Padre Hurtado pesca vocaciones*», decían aquellos padres y madres temerosos que, en su mezquindad egoísta, niegan a sus hijos al llamado de Dios. Y no comprendían que esas vocaciones nacían al contacto del alma inflamada de un apóstol y eran la realización en el tiempo de la eterna palabra de Jesús: «*He venido a traer fuego a la tierra; y ¿qué otra cosa quiero sino que se abraze?*» (Lc 12,49).

El noviciado de Loyola dirá, en su realización material, en el número de sus novicios y en el espíritu que lo alienta, de lo que es capaz un alma que sabe, como el Fundador de su Orden, repetir: «*preferir a Dios sobre todas las cosas*».

Y su alma grande no se encerrará tampoco en los marcos de su familia espiritual, y sabrá dar vocaciones a los demás Seminarios diocesanos y religiosos. Hace apenas cuatro días ofrecía sus dolores con un «*qué bueno eres, Señor*», por las vocaciones del Seminario de Santiago.

Y la mirada del apóstol seguía, al imperio de la enseñanza divina, contemplando los campos donde blanquea la mies.

Y vio a la juventud con sus anhelos e inquietudes, con sus flaquezas y desmayos y, como su Maestro «*intuitus... dilexit*», la miró hondo y la amó (cf. Mc 10,21).

A través de Chile entero, la juventud sintió la mano firme de un timonel que decía: «*avanzar mar adentro*»; y en su Asesor Nacional vio al Jefe que aguardaba.

Sobre todas las dificultades les enseñó la lección que formaba el corazón del joven: generosidad. Los quería fuertemente hombres y profundamente cristianos. Inquietos a todas las angustias y prontos a toda donación. Mirada abierta, frente alta, mano que sabe darse con sinceridad, sonrisa fresca en los labios y, sobre todo, auténtico sentido cristiano de su misión. Para ello tuvo una sola pedagogía y un solo secreto: amar y servir.

Quizás no siempre se ha reparado en el hondo significado de su característico saludo familiar: «*¿qué hay, patroncito?*». Y lo llamaron, cariñosamente, el “patroncito”. El “patroncito” no era él, eran precisamente los otros, porque, como Jesús, «*él no había venido a ser servido sino a servir*».

Han pasado ya ocho años desde que dejara su cargo de Asesor Nacional de los jóvenes, pero sobre el tiempo sigue su figura íntimamente unida al destino de nuestra juventud.

Los jóvenes de ayer son hombres; sobre sus vidas maduras comienzan a caer «*el peso del día y del calor*», pero en sus ojos sigue reflejándose el fulgor del Asesor de entonces y sigue resonando el grito de las eternas ascensiones: «*Excelsior*», más arriba.



Pero el Sacerdote es antes que todo el *«Pontífice que puede condolerse de los que ignoran y yerran porque también está circundado de miseria y debilidad»*. (Heb 5,1-2). Y por eso es juez y médico de las conciencias enfermas, al cual siempre se acude en los instantes del dolor. Y eso fue el Padre Hurtado. Nadie podrá decir su acción callada en esos problemas silenciosos que sólo a Dios y a sus Ministros se descubren. Los que de cerca y de lejos se congregan junto a sus despojos, los que con un nudo muy fuerte en la garganta apenas pueden modular una oración, sienten que en el Padre han perdido un médico que sanaba sus llagas, un consejero que recibía sus confidencias y orientaba, un amigo *«que supo hacerse todo para todos, para ganarlos a todos para Cristo»*.

Y he dejado para el último lo que caracteriza su vida: su honda y trascendente misión social.

El Padre Hurtado comprendió plenamente lo que la doctrina social de la Iglesia encierra y representa. Sabía bien claro que el Cristianismo o es social o no es.

Con su realismo de apóstol genuino, vio lo que su santidad Pío XI llamara *«el gran escándalo del siglo XX: los obreros alejados de su Madre la Iglesia»*; y, con otro gran apóstol moderno, sintió *«que la Iglesia sin la clase obrera no es la Iglesia de Cristo»*. Y a sanar esta gran llaga se dio por entero en esta trascendente y vasta misión social. Le dio su mente, y fruto de ella fueron sus obras de sociología, que sirvieron para recordar los grandes postulados sociales de la Iglesia y a urgir a los católicos su aplicación.

Qué claro aparece en sus escritos la posición del católico: el cristiano no puede optar entre dos materialismos, sino abrazar plena, íntegra y totalmente la doctrina que la Iglesia le ha señalado con carácter de estricta obligación.

Le dio sus energías, y sus últimas palabras fueron para ofrecer el holocausto de su vida por el Hogar de Cristo y la Asich.

Le dio sobre todo su corazón. El Padre Hurtado vio cumplida en él las palabras del Salmista: «*beatus qui intelligit super egenum et pauperem*» [*feliz el que se preocupa del necesitado y del pobre*]. Y tuvo como pocos el sentido del pobre.

Sobre la capital de la República hay un terrible escarnio que abofetea nuestro rostro de chilenos y cristianos: los hombres sin techo, las viviendas inhumanas, las multitudes que no tienen «*el espacio vital para que se desarrolle una familia*», los hijos de Dios que no gozan de aquel *mínimum* de bienestar humano que Sto. Tomás señala como requisito indispensable a la práctica de la virtud.

¡Qué fácil es arrojar unas cuantas frases hechas, como se pega un cartelón sobre un muro, para calmar nuestra conciencia que grita; qué fácil es decir: «*vicio, incultura, no se logra nada*», como si con palabras sacudiéramos nuestra responsabilidad social! El Padre Hurtado sintió esa lacra y enfrentó esa responsabilidad.

Amaneceres escarchados de un invierno santiaguino; los prados blanquean al llegar el día; y en

los quicios de las puertas o sobre un banco de nuestros jardines, duermen, peor que animales, hermanos de nuestra raza e hijos de un mismo Padre celestial.

La prensa lacónicamente informa en sus hechos policiales: *«ayer fueron hallados muertos por el frío, tres, cuatro, seis personas»*.

El corazón del Padre Hurtado no puede más. Callar sería complicidad. Y habla con su palabra de fuego que remueve. Muchos han comprendido. Una señora ha llegado esa tarde trayendo la única joya que le queda: el Hogar de Cristo ha nacido.

Y, como el grano de mostaza de la evangélica parábola, crece para dar techo, comida y, sobre todo, amor a tantos que sólo han tenido por lecho el río, por pan el infortunio y por única familia la orfandad.

Cuando en el siglo III, el Diácono Lorenzo se oyó, en la persecución, decir por el juez *«entrégame los tesoros de la Iglesia»*, llamando a los menesterosos se los presentó, diciéndole: *«Aquí están los tesoros de la Iglesia»*.

He aquí, señores, lo que, en la tierra primero y desde el cielo ahora, nos dice el Padre Hurtado, señalándoles el Hogar de Cristo: *«Aquí están los tesoros de la Iglesia»*.

¡Qué gran lección nos entrega!

¡El sentido del pobre! En ellos vio a Cristo. En sus llagas curó las del Maestro. En sus miembros ateridos cubrió la desnudez de Jesús.

Y hace dos días, me atrevo a decirlo con íntima certeza, allá en los cielos resonó con especial acento la

voz del Juez Supremo que dictaba su sentencia de eternidad:

«Ven, bendito de mi Padre, a poseer el reino que tenía preparado. Era peregrino sin techo y me recibiste. Estaba desnudo y me vestiste. Enfermo y me visitaste. Hambriento y me diste de comer... Tuviste el sentido del pobre. Lo que hiciste a uno de esos desvalidos, me lo hiciste a Mí. Entra en el gozo de tu Señor».

Pero el Hogar de Cristo no contenta las ansias apostólicas del Padre Hurtado. Hay que dar casa permanente a las familias. Y la Cooperativa de Edificación surge con este fin. Si su acción es limitada, tiene un alcance más vasto: despertar nuestra conciencia social en este problema de la habitación. El Apóstol se revela no sólo en lo que crea, sino en las proyecciones que su misma creación produce.

Junto a su lecho de enfermo, llega la Primera Dama de la República, cuyo gesto maternal, dando a nuestro pueblo el hogar que imperiosamente necesita, recogerá la historia; y el Padre Hurtado le sonrío, prometiendo bendecir desde el cielo esa obra.

Ella sabe cómo el Padre alentó su obra y cómo, fiel a su promesa, continuará desde arriba protegiéndola.

Pero la "sensibilidad social" de que nos habla el Pontífice actual a los chilenos es algo más que mera beneficencia. La caridad que se dispensa de la justicia no es caridad.

El obrero y el empleado necesitan ser defendidos en sus derechos y amparados en sus justas

reivindicaciones. Y para ello, en las condiciones actuales, ha de ir imprescindiblemente al sindicato.

El Padre Hurtado comprendió toda la trascendencia de la acción sindical y la necesidad de preparar para ella a los dirigentes, y fruto de su visión y de su energía, nació la Asich, Acción Sindical Chilena.

Para ella estuvieron hasta el final sus mejores actividades y desvelos. Para ellos escribió su obra *Sindicalismo*. Ella fue en su visión de apóstol el medio de esa redención proletaria que Pío XI señala como meta de nuestra actividad social.

Pero más que la Asich, el Hogar de Cristo, la Cooperativa de Edificación, está el llamado que esas obras encierran. Ha dicho Lacordaire *«que es propio de los grandes corazones el descubrir la necesidad más urgente de su época y consagrarse a ella»*.

El gran corazón del Padre Hurtado nos deja este imperativo llamado: nuestro deber social.

El católico tiene una misión social que cumplir. El tomar conciencia de las exigencias sociales del cristianismo es dar a nuestra fe su expresión plena y perfecta. Seguir a la Iglesia y no seguir con lealtad plena, con integridad máxima, con sinceridad generosa, su enseñanza social, es como pretender separar a Cristo de su Evangelio.

Podrán las obras que él fundara morir en el transcurso de los años, como muere y perece todo lo humano, *«pero un monumento más perenne que el bronce»*, *aere perennius*, proyectará en el tiempo el gran



llamado a nuestro deber social que el Padre Alberto Hurtado nos dejara.

Como genuino apóstol, no le faltó en esa tarea el sello inconfundible de la cruz. Fue uno más que se sumó a los que en la implantación de esas doctrinas han debido probar entre nosotros el acíbar de la crítica y la hiel de la incompreensión.

Ni utopía de soñador, ni exaltación de avanzado, ni odio de amargura inspiraban su firme posición y su tajante palabra. Porque no es utopía lo que está en la raíz misma del alma humana, ni amargura lo que tiene como savia vivificante el mandato supremo de la caridad.

Y por eso fue valiente en la posición adoptada.

Ser testimonio de una doctrina, no ceder ni ante el temor ni ante el halago, no claudicar en la posición muchas veces incomprendida, no desviar esa misma doctrina de la dirección rectilínea que debe seguir, no es cosa fácil; para ello se requiere esa fortaleza que nace de la convicción profunda, esa serenidad que sabe que Dios y el tiempo hacen justicia, esa visión de eternidad que da a los hombres y problemas su verdadero valor.

Ese es el legado que el Padre Hurtado nos deja y la huella que trataremos de seguir.

Y ahora, señores, una pregunta tan sólo: ¿de dónde sacaba el Padre Hurtado las energías extraordinarias de su acción?

Y a esta pregunta, una respuesta: junto a sus cualidades destacadas de hombre, el Padre Hurtado sumaba la fuerza incontrastable de una eminente virtud.

Religioso en el pleno y amplio sentido de la palabra, amó a la Compañía y en ella a la Iglesia con toda la vehemencia y la pasión de su corazón generoso. Forjado en el rico molde ignaciano, centró su vida en la ofrenda total que San Ignacio pone al final de sus ejercicios.

Si se me pidiese una síntesis de la espiritualidad del Padre Hurtado que explicara todos y cada uno de sus actos de su vida, sin duda yo la encerraría en el llamado del Rey temporal a seguirlo y en la ofrenda con que el alma responde al amor apremiante de Dios.

«Tomad, Señor, y recibid mi libertad, mi memoria, mi inteligencia y voluntad toda entera. Todo lo que tengo o que poseo, de Ti lo he recibido; a Ti, Señor, lo retorno. Dame tu amor y tu gracia, que eso sólo me basta».

Apóstol de Jesucristo, su muerte ejemplar consumó el holocausto de su vida. *«Dame tu amor y tu gracia. Esto sólo me basta».*

Nos deja como a cristianos un luminoso ejemplo. Pero nos deja como a hombres un inmenso vacío. Por eso, a pesar del *fiat* muchas veces repetido, las lágrimas nos traicionan. Por eso en estos días, como un escalofrío, ha recorrido de norte a sur de la República la frase que, más que pronunciarse, se solloza: el Padre Hurtado ha muerto.

Y la frase resuena en el fondo de la mina oscura, a donde su palabra, como un mensaje de esperanza, penetró. Y sopla el puelche helado en nuestros caseríos campestres que escucharon, con la sencillez del campesino, el eco de su palabra evangélica.

Y vibra sobre nuestras pampas calicheras, donde el nortino, hecho esfuerzo y empuje, comprendió la buena nueva divina que, en palabras tan humanas, este apóstol obrero le traía. Y cae, como la lluvia de invierno sobre los techos de fonolitas de nuestras poblaciones callampas para repetir como un gran gemido: el Padre Hurtado ha muerto.

Y el pobre angustiado en su tugurio siente que un gran amigo se le ha ido. Y bajo los puentes del Mapocho, el huérfano sabe que ya no existe él, que quiso reintegrar su vida de vago a la sociedad.

Y sobre el féretro, en un desfile continuo, ha ido cayendo como una oración, el llanto de los humildes y la plegaria de los que por él supieron del aproximarse a Dios.

Para él, que no tuvo más reposo en su agitada vida que la enfermedad y la muerte, ya ha resonado el «*descanse en paz*» de la Iglesia. Y entre los que amó con predilección, va a dormir su eterno sueño.

Y cuando el tiempo pase y la ley fatal del olvido vaya dejando caer sobre los hombres y sucesos su polvo sutil, junto a ese sepulcro vivirá el recuerdo de un sacerdote que amó mucho a Dios y a sus hermanos, que amó a los pobres y a los humildes y por ellos, en suprema oblación, ofrendó su vida. «*Tomad, Señor, y recibid*».

Pero no podemos llorar como los que no tienen esperanzas. Él ya habita el lugar del descanso, de la luz y de la paz. Que su alma ardiente como llama resplandezca como luz.

«No busquemos a un vivo entre los muertos».

Imploramos su valiosa intercesión. Y mientras el corazón sangra, la plegaria sube. «*Tú, Señor, nos lo diste. A Ti también te lo entregamos*». Cíñele la corona de justicia que has prometido a los que saben pelear el buen combate por tu nombre.

Y a nosotros, y a mí, ante quien llegó arrastrándose en su enfermedad, para dar su última predicación, danos el consuelo y la fuerza, para poder, con voz entera, repetir la palabra del poeta de los grandes infortunios de la vida: «*Dominus dedit, Dominus abstulit; sicut Domino placuit, ita factum est. Sit nomen Domini benedictum*». El Señor nos lo dio, el Señor nos lo quitó; como el Señor quiso, así fue hecho. Bendito el Nombre del Señor.

Amén.



Índice general

Presentación	
Por Guillermo Baranda Ferrán, S.J.	9
Padre Hurtado. Apóstol de Jesucristo	
Por Álvaro Lavín Echeгойen, S.J.	17
Diario de la enfermedad y muerte del Padre Hurtado	
Por Marta Holley de Benavente	119
Oración fúnebre	
Por Mons. Manuel Larraín Errázuriz	159

C O L O F Ó N

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE
IMPRIMIR EL 16 DE JULIO DE
2005, AÑO DE LA EUCARISTÍA Y
DE LA CANONIZACIÓN DEL
PADRE ALBERTO HURTADO, S.J.,
EN LA FESTIVIDAD DE LA
VIRGEN DEL CARMEN.

UNIVERSIDAD CATÓLICA

D. Alberto

CERTIFICADO DE

Este documento debe ser presentado []

... a 14 de

... de

... Chilena

Alonso

Identidad N.º 110 88 7

del Gabinete

digital, fotografía, individual,

se solicitó certificado de antes

que figuran a la vuelta.

Impresión digital

Sección

22222

Sección

22222

Sección

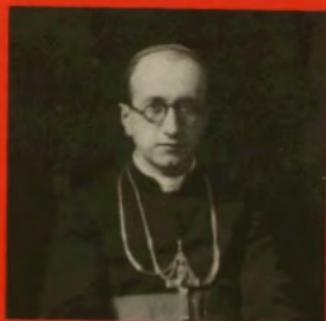
22222



Álvaro Lavín, S.J.



Marta Holley de Benavente



Mons. Manuel Larraín



"¿Podrá también en nuestros días el Espíritu suscitar apóstoles de la estatura del Padre Hurtado, que muestren con su abnegado testimonio de caridad la vitalidad de la Iglesia? Estamos seguros que sí; y se lo pedimos con fe".

Juan Pablo II

ISBN 956-14-0837-6



9 789561 408371

www.padrehurtado.com